

Multipantalla y otros relatos

XIV Certamen Internacional
de Relato Breve sobre Vida Universitaria
“Universidad de Córdoba”

La vida universitaria ante la pandemia COVID-19

Multipantalla
y otros relatos

XIV Certamen Internacional
de Relato Breve sobre Vida Universitaria
“Universidad de Córdoba”

La vida universitaria ante la pandemia COVID-19

Multipantalla
y otros relatos

XIV Certamen Internacional
de Relato Breve sobre Vida Universitaria
“Universidad de Córdoba”

La vida universitaria ante la pandemia COVID-19

Multipantalla y otros relatos. XIV Certamen Internacional
de Relato Breve sobre Vida Universitaria
Córdoba: UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba
12 x 19 cm, 126 pp.
THEMA: FX

MULTIPANTALLA Y OTROS RELATOS

XIV CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATO BREVE
SOBRE VIDA UNIVERSITARIA “UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA”

© Los autores

© UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba, 2022

Campus Universitario de Rabanales.

Ctra. Nacional, IV, Km. 396. 14071 Córdoba

Telf. 957 212165

www.uco.es/ucopress - ucopress@uco.es

Esta edición ha sido cofinanciada por la Biblioteca
Universitaria de la Universidad de Córdoba

eISBN: 978-84-9927-731-8 (PDF)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Presentación.....	9
CATEGORÍA SENIOR.....	
Multipantalla	15
Precovidado.....	21
Crisálidas.....	25
La ecuación de la incertidumbre.....	31
Aforo completo.....	37
Sueños.....	43
Una dura prueba.....	47
Saber para la vida	53
Historia de un calcetín.....	59
Sentida presencia.....	65
CATEGORÍA JUNIOR.....	
El pasar de los días.....	69
Metáfora de una realidad trastocada	75
¿Esa era la respuesta?.....	81
Conversión de la normalidad en utopía.....	85
Cuando la universidad se puso mascarilla	91
El año en que se fue en pijama a la universidad.....	97
Sólo un nombre.....	103
Libros prohibidos.....	107
Nuestra mesa de siempre.....	113
Perfectamente aerodinámico	119

Presentación

La Universidad de Córdoba convocó en 2020, en el marco de la festividad del libro, el *XIV Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria*. Se pone así de relieve el interés de nuestra institución educativa por alentar las vocaciones y hábitos culturales de la comunidad que tutela y, en general, de la sociedad a la que presta y debe sus servicios. La apuesta por la creación literaria y por la expresión de la libertad artística a través de la palabra son señas de identidad de nuestra universidad. Este certamen, además, ha sido una excelente oportunidad para transmitir estos valores a la ciudadanía local, provincial, nacional e internacional. En esta edición el certamen ha incorporado un lema (*La vida universitaria ante la pandemia COVID-19*), que ha marcado la temática a la que han debido ajustarse los relatos participantes.

La convocatoria ha mantenido el alto nivel de participación de ediciones anteriores, con

un balanceado equilibrio entre sus modalidades. Así pues, han concurrido al certamen 212 relatos (modalidad senior: 111 relatos; modalidad junior: 101 relatos) procedentes de España, resto de Europa (Alemania, Bélgica, Grecia y Francia), y América (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, México, Perú, Uruguay, República Dominicana y Venezuela). Ha destacado numéricamente, como viene siendo habitual, la amplia representación cordobesa, andaluza y española.

El jurado de este *XIV Certamen Internacional*, cuyo fallo lo hizo público el día 29 de abril de 2020, valoró la alta calidad literaria de los relatos presentados, así como la originalidad y creatividad narrativas, que hicieron del fallo una decisión compleja pero, finalmente, unánime. Dicho jurado estuvo formado por las siguientes personas:

Presidencia: Alfonso Zamorano Aguilar, Vicerrector de Acceso y Programas de Movilidad de la Universidad de Córdoba.

Secretaria: Esperanza Jiménez Tirado, Coordinadora del Club de Lectura de la Universidad de Córdoba.

Miembros:

- M.^a Paz Aguilar Caballos, *Profesora Titular de Química Analítica*.
- Soledad Gómez Navarro, *Catedrática de Historia Moderna*.

- M.^a del Carmen Liñán Maza, *Directora de la Biblioteca Universitaria de Córdoba.*
- Pilar Montesinos Barrios, *Catedrática de Ingeniería Hidráulica.*
- María Rosal Nadales, *Profesora Titular de Didáctica de la Lengua y la Literatura.*
- Antonio Sarsa Rubio, *Catedrático de Física Atómica, Molecular y Nuclear.*
- Alicia Vara López, *Profesora Contratada Doctora de Didáctica de la Lengua y la Literatura.*

Agradezco, a todos/as ellos/as, su entusiasmo, dedicación y aportaciones.

En relación con la modalidad senior el Jurado ha estimado que el relato ganador, “Multipantalla”, es un relato realista, lleno de sentido del humor, que describe con enorme originalidad en su estructura situaciones cotidianas vividas durante el confinamiento en el ámbito de las relaciones universitarias. Reúne voces simultáneas en las que resuenan los ecos de las clases, los conflictos interpersonales y las noticias sobre el virus, en un mundo digital que puede conducir a la despersonalización.

Por lo que concierne a la modalidad junior el Jurado ha considerado que “El pasar de los días” es un relato que destaca por la ternura y la espontaneidad. Con un estilo ágil pero muy cuidado, se nos traslada al universo cotidiano de una finca familiar en Colombia, donde un estudiante

de literatura pasa el período de confinamiento. Con inteligencia y originalidad, el joven narra sus impresiones y vivencias en ese año 2020 en el que —a pesar del escenario de emergencia mundial— se impone para él la rutina. Entre las extrañas clases virtuales y los cuentos del abuelo, el protagonista deja que pasen los días y se acomoda para habitar la casa. Al mismo tiempo, nace en él la melancolía al recordar la vida universitaria que se le escapa.

El conjunto que aquí se presenta, una vez más, es una muestra de la vitalidad de la narrativa contemporánea en el ámbito novel. La Universidad de Córdoba contribuye así a potenciar la creación humanística como elemento esencial de una sociedad plural, rica y civilizada, donde la literatura permite al individuo manifestar su subjetividad, crear mundos más deseables, efectuar críticas diversas o, simplemente, refugiarse en el poder y la magia de la palabra, del lenguaje, que, como ya hemos reseñado en otras ocasiones, es, con orgullo, aquella capacidad cognitiva que nos hace genuinamente humanos/as.

ALFONSO ZAMORANO AGUILAR
Vicerrector de Acceso y Programas de Movilidad
Comisión de Biblioteca UCO

CATEGORÍA SENIOR

Multipantalla

MARCO MAUREIRA VELÁSQUEZ

1^{er} Premio

M	U	L	T	I	P	A	N	T	A	L	L	A
----------	----------	----------	----------	----------	---	---	---	---	---	---	---	---

NOTICIAS DESTACADAS: “El coronavirus impulsa el teletrabajo y la docencia telemática se afianza en las Universidades de España”.	- Julián, no me estás haciendo ni puto caso. - Joder, cariño. Si no te hiciera ni puto caso no estaríamos ahora mismo chateando, ¿no?	En la clase de hoy estudiaremos el <i>trastorno de identidad disociativo</i> , mal conocido como desorden de personalidad múlti- múlti-múlti-múlti- múlti...
---	---	---

¡Qué cojones pasa con la conexión a internet!, reclama Julián. Ya, tío –responde desde el cuarto de al lado María–, a mí tampoco me chuta esta mierda y estoy en medio de una evaluación. ¡Rodrigo!, gritan ambos al unísono. ¡Ya, ya! –se escucha de inmediato una voz desde el salón–, ahora mismo pongo en pausa las descargas para que la señal vaya mejor.

NOT. DESTACADAS: “Las secuelas psicológicas que está dejando la pandemia: una tarea pendiente”.	- Que escribas no significa que me estés poniendo atención. - Tienes toda mi atención , cariño ;)	Entre los síntomas del TID tenemos la capacidad fluctuante para asumir funciones y la pérdida de eficacia.	NOTIFICACIÓN: tienes una nueva solicitud de amistad de Jon Cortázar y Elber Galarga.
--	--	--	--

¿Jon Cortázar es el vasco que conocimos en el aula virtual la semana pasada, verdad?, pregunta Julián. ¡Sí!, responde escuetamente María. ¿Y Elver Galarga?, insiste Julián, mientras explica que ambos le enviaron una solicitud de amistad por Facebook y, además, lo siguen en Instagram. Desde el salón se escucha una sonora carcajada de Rodrigo. Luego, María, aclara que “Elver Galarga” es como decir “Miren Amiano”, y que en terminología sudamericana vendría a significar algo así como “Elpi Chalarga”. Dale a aceptar, joder –grita Rodrigo desde el salón–, ante lo cual Julián responde con un sonoro “capullo” acompañado de “putos sudacas”.

NOTICIAS HOY: La <i>niebla mental</i> ataca a los sobrevivientes de la COVID-19: se reporta pérdida de memoria y falta de concentración	- Y una mierda, si ni siquiera has recordado que hoy es mi cumple. - Cariño, cómo se te ocurre que podría olvidar tu cumpleaños...	El <i>trastorno de identidad disociativo</i> , también, se caracteriza por la presencia de problemas de memoria, llegando incluso a la amnesia.	Tienes un mensaje de “404Nick-Not-Found”: ¿Qué, nos echamos un COUNTER? Respuesta: dame quince minutos y estoy listo.	ALARMA/RECORDATORIO: en 20 minutos comienza partida de LOL con “Los colegas”. Repetir alarma 5 minutos antes del evento.
--	---	---	---	---

¡Mierda!, exclama Julián. ¿Por qué nadie me dijo que era el cumpleaños de Nuria?, pregunta luego, mientras intenta decidir si se apuntará a la partida de LOL o a la de COUNTER. Ni que fuese mi novia, responde Rodrigo. Haberte puesto una alarma en el móvil, responde María. También es vuestra amiga, se defiende Julián. En efecto –contraataca María–, razón por la cual la saludé a primera hora de la mañana. ¿Y no me dijiste nada?, insiste Julián. Pues di por hecho que lo sabías, responde María. Ya que estamos en la sección de avisos –interviene Rodrigo–, te informo que aún no me has ingresado el dinero del alquiler. Y a mí no me has enviado tu parte del trabajo de Psicopatología, remata María.

NOTICIAS: Bulos y <i>Fake News</i> sobre el coronavirus: cómo identificar con rapidez las falsas noticias.	- Entonces, ¿por qué no me has felicitado? - Porque te estaba pre-pa-rando una sorpre-sa para la noche...	Otro síntoma del <i>TID</i> es la “des-persona-lización”: sentimiento de estar se-parado de uno mismo	YouTube: reproduciendo video “7 detalles para sor-prender a tu novia en su cumple-años”.	BANCA ONLINE: su ingreso a Rodrigo Lara por concepto de alquiler ha sido realizado con éxito.	RINCÓN DEL VAGO: Psicopa-tología, del griego <i>psiché</i> (alma), <i>pathos</i> (padecer) y <i>logos</i> (conocimiento)
--	--	---	--	---	--

¡María!, grita Julián, ¿sabes si a Nuria le gusta el sushi? ¿Me lo estás preguntado en serio?, responde ésta. Claro –insiste Julián–, estoy buscando un plan para sorprenderla esta noche. Julián –responde María, con desgano–, Nuria es alér-

gica al pescado. ¡No jodas!, interviene Rodrigo, añadiendo en el acto que terminar celebrando en Urgencias sería sin lugar a dudas una gran sorpresa de cumpleaños. ¡Gilipollas!, responde Julián. No tanto como para intoxicar a mi novia, responde Rodrigo. Por cierto –continúa el mismo–, el alquiler del piso es de trescientos ochenta, y no de trescientos veinticinco.

NEWS: La eco- nomía se desploma debido al corona- virus	- No sé si creerte. - Tan sólo quería sorpren- derte	Desrea- lización: no poder actuar efectiva- mente en su medio	WI- KI-PE- DIA: la alergia al pescado es una reacción in-muni- taria	Video-lla- mada entrante de papá: Aceptar Rechazar X	Tienes un mensaje de “404 Nick- Not Found”: Ya estoy conec- tado	BANCA ON- LINE: saldo in- suficiente para rea- lizar esta opera- ción
---	--	---	--	--	--	---

¡Hostia-puta!, se queja Julián. Sin excusas, se limita a responder Rodrigo. María, pregunta Julián, ¿me podrías dejar cincuenta euros? Lo que necesitas son cincuenta y cinco, interviene Rodrigo. Y quién te dijo, listillo –responde Julián– que estoy pidiendo dinero para pagar el piso. ¿Para qué si no?, pregunta María. Pues para comprarle algo a Nuria, responde Julián. Y agrega de inmediato: si no la sorprendo con algo esta noche igual me manda a tomar por culo. Pues, merecido, sentencia María. Bueno –se suma Rodrigo–, si te mandan a tomar por culo al menos te queda activa la suscripción gratuita por COVID de *Pornhub*. Capullo, se limita a responder Julián.

HOY: Sube el consumo de porno en cua-rentena	- Por tu bien, espero que valga la pena - ;)	TID: crisis de pánico y dolor de cabeza	OFER- TA: Ingresa el código P5T4 y obtén un 25% de des- cuen-to.	ALAR- MA: En cinco minutos LOL con Los Colegas	GOO- GLE: Alergia al pes-cado y alergia al semen.	VEN- TANA EMER- GENTE: sigue este truco y agranda tu pene.	ANTI- VIRUS: Peligro, se ha detecta- do una amenaza
--	---	---	--	--	--	---	---

¿Qué ha sido ese ruido?, interviene María. Deja ya de ver porno, arremete Rodrigo. ¡Me cago en la puta!, grita Julián antes de apretar “CONTROL/ALT /SUPRIMIR”.

...
-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----

¡No me lo puedo creer!, exclama Julián. Se quedó todo pegado. Pues dale a reiniciar, le sugiere María. ¡Puto anti-virus!, grita Julián mientras sigue el consejo de María.

Este equipo se está reiniciando...

¡Chicos, malas noticias!, exclama María. Mi madre dio positivo en el test de coronavirus. ¡Qué putada!, responde Rodrigo. ¡Puto anti-virus!, insiste Julián. Soy contacto estrecho –les informa María–, así que tendremos todos que hacer cuarentena preventiva. ¿Qué?, pregunta Julián. Lo que oyes, listillo, interviene Rodrigo. ¿Eso quiere decir que Nuria no podrá venir a visitarme esta noche?, pregunta Julián. En efecto,

responde María, mientras Julián suelta un sonoro “de puta madre” colmado de alegría.

¿Desea restaurar las pantallas que se han cerrado inesperadamente?

NO*

SI**

* Si su respuesta es “No”, tome un respiro.

** Si su respuesta es “Sí”, vuelva al inicio.

Precovido

GUSTAVO EDUARDO GREEN SINIGAGLIA

Accésit

Ante la inminencia de su examen final Edward tomó las debidas precauciones, con una semana de anticipación, como siempre. Así como las había tomado para las decenas de exámenes que había rendido en la universidad de manera presencial. En esos casos era fundamental poner tres despertadores con diferencia de cinco minutos entre ellos.

Uno el del móvil, un segundo en la mesa de luz (pero fuera del alcance de la mano) y el tercero (y siempre infalible) instalado en el piso dentro de una olla sin tapa y con acción repetitiva. El día previo habría que chequear el normal funcionamiento de los transportes y dejar infladas las ruedas de la bicicleta (por cualquier paro imprevisto). Debía calcular el tiempo que demandaría bajar los dieciséis pisos por escalera en caso que el ascensor no funcionara o estuvieran realizando una mudanza.

Pero estas previsiones, que ya tenía muy bien aceptadas, pasaron a cambiar radicalmente en la época del confinamiento. Se tomó toda una tarde para estudiar las variables imprevistas que podrían surgir en la previa de su examen virtual. A este listado de alerta y precaución le puso el título de Precovido.

El primer punto mantuvo la disposición de los despertadores. Única precaución que servía para ambas situaciones. De allí en más debió imaginar los escenarios imprevistos que se le pudieran presentar.

Debería chequear el pago del servicio de internet (no sería la primera vez que se le traspapelara). Tendría que comunicarse con familiares y amigos para que no se les ocurriera pasar a visitarlo ese día, sobre todo con su tía Eulogia que acostumbraba llevarle tortas fritas todas las mañanas (y se prendía al timbre con una insistencia enfermiza). Contempló desconectar el timbre y se propuso pensar cómo apaciguar los golpes en la puerta (lo mejor sería hablar con el portero para frenar las visitas). Para no cambiar la computadora de lugar (no vaya a ser que eso ocasionara problemas de señal) debería sacar de la pared las láminas de Playboy y las caricaturas que solía hacer de sus profesores. Decidió que lo más adecuado sería correr la biblioteca para ubicarla como fondo, para lo que debería controlar los títulos que se exhibieran en los lomos.

Tenía bien en claro que había que desconectar el teléfono fijo y el móvil. Repondría (con dosis doble) el líquido para ahuyentar las palomas que se instalaban en la baranda del balcón.

Averiguaría en la Cooperativa de Luz sobre algún corte programado para esa fecha (por las dudas contaría con una batería de repuesto).

En el medio de sus anotaciones su cara se transmutó ¿cómo haría para evitar que la vecina del departamento contiguo no arremetiera con sus desafinadas interpretaciones de cumbias colombianas que arrancaban puntualmente todas las mañanas a las diez, el preciso horario en que estaba pautado su tan esperado examen final? Un frío le recorrió todo el cuerpo, sus dedos comenzaron a temblar sobre la hoja. De nada servía ser precavido si no podía asegurarse eliminar los conflictos posibles. En ese momento recordó que aquella mujer se le había insinuado un par de veces en el ascensor (o al menos eso le había parecido).

No quedaba otra que una visita de cortesía.

No fue fácil que la mujer escuchara el timbre, era precisamente el horario en que sus aullidos se mezclaban con la música estridente. Aprovechó el espacio entre un tema y otro para arremeter con el llamado.

El buen recibimiento le confirmó que su presunción sobre las insinuaciones había sido acertada.

Compartieron un café y una charla prolongada. Edward le dejó un papel con el día y la hora del examen y ella lo aseguró con un imán en la puerta de la heladera. Edward y Almerinda acordaron un futuro encuentro.

La semana pasó más rápido de lo que él hubiese deseado.

Las horas nunca alcanzan, refunfuñó.

A las diez de la mañana todo estaba en orden. La biblioteca tapaba las figuras inconvenientes y relucían los títulos de libros que emanaban intelectualidad. Ni una paloma osaba aferrarse a la baranda del balcón. Los timbres y teléfonos se mostraban desconectados en total mudez. Del departamento contiguo afloraba un silencio desconocido, sólo quebrado por el insistente sonar de un despertador atronando desde el fondo de una olla.

Edward, internado de urgencia, padecía los síntomas del COVID. La fiebre, la tos y un cansancio extremo se habían apoderado de su cuerpo. En la habitación contigua, y con igual diagnóstico, reposaba Almerinda. Con cierta dificultad respiratoria tarareaba una cumbia colombiana.

Crisálidas

MARÍA DOMÍNGUEZ DE PAZ

Durante mucho tiempo pensé que la primavera no podía sorprenderme más que con ser primavera. Ya se sabe, que si la floración, que si las alergias, que si estoy fatal del asma, que si prueba con vahos de eucalipto, esas cosas que dan tema de conversación entre compañeros, entre amigos o entre ambos a la vez. Si me dejaba florecer por dentro, la nueva estación también me producía cambios de humor, astenia, nostalgia, a veces enamoramientos insospechados. Era la época en la que se notaba algo diferente en el campus. Me gustaba observar desde la ventana de mi despacho la gran extensión de césped que se llenaba desde mediados de marzo con grupos de estudiantes sentados al aire libre. Algunos se tumbaban sobre la hierba, con la mochila bajo la cabeza o las deportivas fuera de los pies, como si aquello les hiciera más llevadero el madrugón para ir a clase. El sol envalentonado después del

letargo del invierno, la luz empeñada en persistir, las risas distendidas. Y el aire, sobre todo el aire, con el aroma cálido a inicio perezoso de cuatrimestre. Año tras año esos detalles se asumían como insignificantes, como parte de un engranaje rutinario hasta finalizar el curso, sin darnos cuenta entonces de que así perdíamos la maravillosa capacidad de extrañarnos ante cada uno de ellos.

Eso lo supimos tan solo unos días más tarde, cuando el confinamiento se derrumbó sobre nuestras cabezas. Ninguna primavera hasta entonces había contemplado entre sus ruinas la posibilidad de una pandemia, pero sucedió. A pesar de ser domingo, llegó a nuestros correos la resolución del Rector instándonos a docentes, alumnos y personal de Administración y Servicios a quedarnos en casa hasta que la situación evolucionase a no se sabía bien qué. De repente, nos vimos recogiendo a toda prisa nuestra vida, poniéndola en el centro de un pañuelo para tomarlo por las cuatro puntas, anudarlo en un hato y marcharnos con él a la espalda. Yo me llevé una copia del disco duro, el portátil, cuatro libros y varias carpetas. Al echar el último vistazo al despacho antes de cerrar la puerta, pensé en que no sabía cuánto iba a tardar en volver a abrirla. Por esa razón decidí coger de un rincón resguardado del exceso de luz y humedad la caja nido de mis tres especies distintas de larvas de mariposas. No

podía abandonarlas, en unos días formarían pupas para su proceso de metamorfosis. Tendría que esperar a otro curso más propicio para que mis alumnos pudieran estudiarlas en vivo.

Atravesé al pasillo, vacío y mudo. Mis pasos escuchaban su propio eco por delante de la cafetería cerrada, de las puertas con candado, de la biblioteca con las luces apagadas. Recordé la conversación que había mantenido con María, mi bibliotecaria favorita, tan solo unos días atrás, ajenos como estábamos todos al vuelco insospechado.

—¿Sabes lo que verdaderamente me llama la atención? —decía mientras señalaba a través del ventanal de la biblioteca la hierba cubierta de estudiantes—. Pues que en esta época un gran porcentaje de sus solicitudes de compra se refieran a poesía. Fíjate que hasta he tenido que crear sección propia allí, entre Ecología, Botánica y Zoología, ¿puedes creerlo?

—Pero María —contesté—, no irás a decirme a estas alturas que por el hecho de que esta sea una Facultad de Ciencias Biológicas te desconcierta que puedan interesarse por la lectura digamos, «no científica», ¿no?

—¡Claro que no! Es que precisamente por eso mismo me reservo una explicación muy particular, ¿quieres saberla?

María guardaba en sus pupilas un reflejo pequeño y blanco de libros abiertos y cuan-

do miraba franqueaba el paso a pensamientos maravillosos.

—Pues está claro —dijo abriendo las manos con las palmas hacia arriba, como si fuera obvio—. Esos chicos están acostumbrados a estudiar los organismos vivos, ¿verdad? Tú mismo impartes Entomología, deberías saberlo bien.

—Ya, desde hace veinte años, ¿y...?

—¿No lo ves, Canales? —me llamaba por el apellido cuando quería darme algún tirón de orejas a su manera—. ¡Piden poesía porque crece invisible! —Y añadió—: La poesía es algo que no todo el mundo ve, pero si se descubre, se sabe viva, fuerte y pujante. Como las crisálidas de tus prácticas, exactamente igual.

Enarqué las cejas. Más allá de la pura bibliografía que tan bien gestionaba para el apoyo de nuestra actividad académica, María tenía una capacidad insólita para transmitir indirectas.

—Vale, lo entiendo —contesté mientras salía por la puerta—. No te preocupes, esta primavera te prometo que tendré en la cabecera de mi cama el *Papilio* de Henry Edwards junto a las obras completas de Walt Whitman —dije—, no pueden llevarse mal.

Asintió con la cabeza y se tocó la sien con el índice en ademán de «eres un chico listo». Fue la última vez que la vi en tres meses. A los pocos días de esta conversación, María fue intubada.

Durante el confinamiento comencé a tener la sensación de perder la noción exacta del tiempo. Lo único que conseguía que me centrara y me ayudaba a mantener la certeza temporal era la conexión en línea con mis alumnos. Al principio era fría, muy extraña. No es nada fácil suplir las miradas con un pequeño cuadrado en la pantalla de un ordenador. Al menos, yo tenía alguna familiaridad en el manejo de las plataformas. Otros compañeros comentaban que no conseguían mantener la conexión una hora seguida, que en sus casas no tenían banda suficientemente ancha para una comunicación sin interrupciones o que perdían gran tiempo de la clase buscando cómo había que hacer para compartir pantalla. Poco a poco, a medida que los días transcurrían enmarcándose en algo parecido a una nueva cotidianeidad, la interacción con mis alumnos se convirtió en el auténtico acicate para levantarme cada mañana. Les hablaba con entusiasmo de mariposas, de las diurnas y las nocturnas, de los taxones en los que se clasificaban, de la vida efímera de algunas y las largas migraciones de otras, del porqué de su colorido o de cuándo comenzaron a poblar la tierra. Y aunque al principio pensaba que para ellos hubiera sido fácil dejar la sesión abierta y marcharse, pronto advertí su atención a través de preguntas, de comentarios, pero, sobre todo, a través de su insólito interés por la evolución de mis pequeñas crisálidas, aquellas

que salvé de una muerte segura. A lo largo de los días, fui mostrándoles todo el proceso de su metamorfosis, desde que las larvas se cerraron en sus pupas y cambiaban de color a medida que se echaban las semanas, hasta que las rasgaron decididas para convertirse en imagos, individuos adultos que revoloteaban nerviosos por hacerse a la libertad. Ese mismo día de eclosión recibí un mensaje de María. Estaba ya en casa, débil, pero esperanzada. Añadía unos versos del poema *Mariposa de otoño*, de Neruda:

«Me decían: No tienes nada. No estás enfermo. Te parece.»

Sonreí. Mis alumnos seguían en directo. Abrí la ventana para que las mariposas volasen a su hábitat natural. Ellos aplaudieron. A pesar de la poca nitidez de la pantalla, pude observar que algunos movían inquietos los brazos, preparados también para volar, libres lejos de su crisálida.

La ecuación de la incertidumbre

RAFAEL LÓPEZ SORIANO

Después de varios años dando tumbos, había conseguido plaza en la universidad. Aquel hito personal resultó ínfimo comparado con una pandemia de magnitudes ilimitadas. Durante los meses de confinamiento, mientras me debatía entre adoptar una vida ermitaña o disfrazarme de pirata y lanzarme a desenterrar tesoros recónditos, llegó una tromba de concursos para profesores universitarios. Con la amenaza de una recesión sin precedentes, aquellas convocatorias parecían anunciar la salida inminente del último tren académico.

No sentía especial predilección por ninguna de las universidades a las que postulé. Como persona de ciencias, decidí que el azar elegiría mi destino, aceptando la primera oferta que recibiese. Una vez finalizado el encierro y recobradas ciertas costumbres, como la de calcular el ángulo

de inclinación de la Tierra desde la terraza de una taberna, llegó la llamada de la Universidad Carlos III, ubicada en el sur de Madrid. Fiel a mi compromiso con la aleatoriedad, di el sí quiero. Preparé una pequeña maleta con ropa y una mochila con artículos de investigación y libretas con cuentas a medio hacer, listo para trasladarme y volver a empezar.

Uno de las secuelas que generó la pandemia fue la fijación obsesiva por el término incertidumbre. Locutores de radio, conductores de autobuses, caseros que buscaban inquilinos para su morada, tenderos de verdulerías y compañeros del Departamento no cesaban de mencionarla en cada frase. Paradójicamente, acababa de empezar el periodo más estable de mi vida. Se había acabado el desayunar repasando las últimas ofertas de trabajo para investigadores y docentes. No tendría que pedir más cartas de recomendación, preparar entrevistas, pasar el currículum a un formato indescifrable, redactar un nuevo proyecto que jamás sería revisado o competir desafortunadamente por acumular estatus. Por una vez en mi carrera miraría mi contrato y en él figuraría una fecha de extinción más allá de un año. Toda la vida. Dejaría de saltar de ciudad en ciudad, de país en país, de despedirme cuando aprendía a pronunciar el nombre de mis amigos, de chapurrear inglés, portugués, italiano, francés, alemán y un poco de ruso. Incluso, podría hacer planes,

comprar una casa, plantearme encargar descendencia, adoptar un perro o tener mi propio coche. Y lo mejor: le diría a mi madre que ya no era un trotamundos, que tenía un trabajo de verdad.

A mi llegada, el aspecto de la Universidad era desolador. Se recomendaba encarecidamente no acudir si no era estrictamente necesario. A falta de unos días para que empezaran las clases, no había profesores en los despachos, las cantinas permanecían cerradas y la única posibilidad de tomar café era pedírselo a una máquina expendedora que no daba ni los buenos días. Tras firmar el contrato, me reuní con el director para conocer el Campus y la docencia que me había sido asignada.

—No sé cuánto aguantaremos abiertos —dijo apesadumbrado—. Las perspectivas no son buenas. Hemos planteado un sistema mixto entre clases presenciales y virtuales, pero en cualquier momento puede pasar todo a la modalidad virtual.

Las predicciones más pesimistas no se cumplieron y parte del curso echó a andar de forma presencial. Mi docencia se centraba en unas prácticas presenciales de Cálculo I para el primer curso de Ingeniería de Telecomunicaciones. Antes de empezar la clase, preparé una breve presentación de la asignatura y una lista de ejercicios que resolvería en la pizarra a modo de introducción. No obstante, lo que más tiempo me llevó

fue repasar el protocolo sanitario. Los alumnos debían estar convenientemente separados, usar mascarilla y avisar anticipadamente si tenían algún síntoma compatible con la COVID-19. Por mi parte, debía asegurarme de que las ventanas permanecieran abiertas, detener la clase cada cincuenta minutos para ventilarla, desinfectar la mesa del profesor y las tizas que empleara.

En cuanto entré al aula, me sorprendió el silencio ensordecedor que la envolvía. La tensión traspasaba la mascarilla y prácticamente se podía mascar. En los rostros medio tapados de los estudiantes percibía una mezcla de ilusión y temor. Con dieciocho años recién cumplidos iban a conocer una universidad sin apenas interactuar más allá de pantallas y protecciones de plástico; sin salir de fiesta e ir de la discoteca a clase sin dormir; sin abarrotar los pisos de otros compañeros; sin descubrir la pasión furtiva y el amor que aspira a madurar; o sin pasar la noche en la biblioteca antes del examen final. Sin embargo, lo peor sería vivir atenazados por la incertidumbre.

Entonces, dejé mis folios repletos de desigualdades, axiomas y proposiciones sobre la mesa y me aclaré la garganta.

—Buenos días. Soy Juan Pérez Guadiana, voy a ser vuestro profesor de prácticas de la asignatura de Cálculo I durante este cuatrimestre. Esta asignatura sólo tiene un objetivo: pensar. En las clases propondré ejercicios sobre desigualdades

de números reales, continuidad de funciones, derivación, integración, sucesiones y series. Os avanzo que no me interesan los resultados, lo que quiero es que seáis capaces de razonar.

Acto seguido, me empapé las manos en gel desinfectante, tomé una tiza y escribí en la pizarra con letras mayúsculas “INCERTIDUMBRE + x = VIVIR”.

—¿Quién sería capaz de encontrar una solución a esta ecuación? —pregunté vivaz.

—¡Vivir menos incertidumbre! —contestó un alumno que estaba en la última fila entre risas.

—Es posible que así sea, pero a juzgar por la rapidez de tu respuesta intuyo que no la has meditado lo suficiente —contesté serenamente—. ¿Alguno de vosotros tiene otra idea?

Hay muchos tipos de grupos, pero la estadística garantiza la presencia de al menos un miembro con capacidades, independientemente de cuales sean, significativamente más desarrolladas que la media. Esto asegura una respuesta interesante por cada pregunta planteada.

—Disculpe, profesor, creo que la ecuación está mal planteada —interrumpió una chica situada en segunda fila. Con un gesto le indiqué que continuara—. La incertidumbre no es una constante. Cada persona o cada momento puede hacer que ésta sea mayor o menor. La solución, si la hay, es variable, depende de multitud de

factores. Por ejemplo, si alguien no tiene incertidumbre, no hace falta añadir nada para vivir.

Aunque el razonamiento de la alumna había superado mis expectativas, traté de matizarlo mínimamente para justificar mi puesto y granjearme cierto peso.

—Efectivamente, la ecuación de la incertidumbre es variable. Todos tenemos la nuestra. Desde hoy pensad en cómo minimizar la aportación de la incertidumbre, pensad en cómo aislarla, pensad en cómo extraer la realidad, en la oportunidad que tenéis de poder formaros y atrapar conocimientos. Procurad ser críticos en el razonamiento, generosos en el esfuerzo y rigurosos a la hora de transmitirlos. Pensad, porque pensar es la única solución a todas las ecuaciones. Pensar ahuyenta el miedo.

El curso prosiguió esquivando las intermitencias de la incertidumbre. Desde la pizarra contemple cómo las caras sobre los pupitres fueron relajándose y nutriéndose de estímulos. El conocimiento fue germinando paulatinamente y muchas ecuaciones atisbaron solución. Otras crecieron y decrecieron al ritmo de las olas. Tan sólo una minoría se quedó sin resolver y tuvo que plantearla en la convocatoria extraordinaria. Despejada la incógnita, en mi ecuación no cabía mayor satisfacción.

Aforo completo

JUAN ANTONIO ARIAS TORIBIO

Es lunes 5 de febrero de 2024, Lucio pedalea escarranchado en su bicicleta BMX por el barrio universitario. Hoy cumple cuarenta años, aunque su mentalidad será siempre de veinte. Los compañeros de clase adoran su inclasificable arte juvenil para relacionarse. Va con ese aire despistado tan suyo, con el ‘Tubthumping’ de Chumbawamba retumbándole en los cascos. Su camisa hawaiana y su media melena plateada ondean. Es la primera semana en que se permite salir a las calles sin mascarilla, por eso se recrea en la brisa fría de la mañana como si fuera una colonia cara. En la frente aún luce la cicatriz pasajera que le ha provocado la almohada. Con una mano agarra el manillar, con la otra va girando la posición de su gorra fucsia. Luego utiliza la pantalla de coltán del móvil como espejo, y se guiña un ojo a sí mismo.

Un mensaje de audio interrumpe la música; es su compañero Juan Luis, quien suele reenviarle sus apuntes, y le dice: “¿dónde estás, Lucbito? Tú mismo, eh, pero el examen va a comenzar...”. A Lucio le da un vuelco el corazón, juraría que el día en que se examinaban era el viernes. Acelera como un esprinter en el final de una etapa llana. Trota hacia el edificio de la facultad después de amarrar a un semáforo “la burra”, como llama a su bicicleta. El porche está desierto, tan solo se cruza con albañiles de obras cercanas que aprovechan los precios para estudiantes de la cafetería.

Se acerca raudo a los ascensores, que no bajan nunca. Para ganar tiempo, ataja por las escaleras hasta la tercera planta. Salta de dos en dos los peldaños. Está empapado, una gota de sudor resbala por su nariz. Con el esfuerzo, nota como si se mareara; ahora le vendría bien una mascarilla, pero de oxígeno. Antes de asomarse al aula, orienta la visera de su gorra hacia la izquierda. Cuando por fin entra, la clase está abarrotada. Hace meses que no hay distancia entre alumnos, pero, en sus años de carrera, jamás había visto el aforo del aula tan repleto. Una alerta sacude inmediatamente su cerebro: todos, absolutamente todos llevan puesta la mascarilla. Todos menos él...

Está perplejo. El mundo sabe a ciencia cierta que las mascarillas ya no hacen falta. El profesor también la luce. Por un momento, Lucio cree

que lo más idóneo es marcharse de aquel escenario confuso. Decide quedarse; debe luchar por la beca, el único ingreso del que se nutrirá su cuenta corriente en todo el año. Asustado, duda de si quizá el virus ha vuelto y él no se ha enterado... Además, ha pasado todo el fin de semana desconectado por completo de los designios del planeta. Pedaleaba tan contento al ritmo de Chumbawamba hace un rato, y, ahora, sin embargo...

El profesor, que está repartiendo los exámenes a los de la primera fila, aprecia de reojo la fulgurante y tardía entrada de Lucio, al tiempo que recuerda a los alumnos: *“no le deis la vuelta al examen hasta que os lo diga, ¿de acuerdo?”*. Lucio se encamina hacia él alarmado y le comenta: *“Profe, ¿quién podría facilitarme una mascarilla?”*. El profesor lo ignora. Luego pregunta a compañeros al azar acerca de lo que ocurre, pero solo recibe una silente indiferencia. Se siente en la ajenidad más absoluta. Como último remedio, piensa en salir a buscar una mascarilla a la conserjería –quizá allí puedan facilitársela– y, de paso, a traerse consigo una silla donde sentarse. Porque no queda ni un asiento libre. El rubor de tener que irse para volver a entrar lo detiene. Una y otra vez revisa los posibles lugares vacíos. No halla ninguno.

Deambula por los laterales de la clase angustiado por ser el único que va sin mascarilla. Avanza desnortado de un lado a otro. Ya no recuerda ni de qué asignatura es el examen. Blo-

queado, frustrado, apoya su espalda en la pared del fondo. El profesor, que está acabando de repartir las hojas, al fin se anima a dirigirse a Lucio: “*Lucho, ahí tienes mi asiento*”, le aclara con desdén compasivo.

Extremadamente extrañado por las circunstancias, Lucio se sienta en el sitio del profesor. Desde el sillón giratorio del estrado, obtiene la panorámica de toda la clase. Irritado, y aún sumido en la fase de confusión, grita a los doscientos cuarenta oídos que lo desprecian: “*¿alguien puede explicarme este sinsentido? ¿Ha vuelto el virus o qué? Jopé, decidme algo, peña...*”. Acto seguido, Lucio se quita la gorra y se protege con ella nariz y boca. Siguen sin hablarle. Algunas risas sí se escapan de las butacas tras la maniobra artesanal de protegerse con la gorra.

En vez de concentrarse para afrontar el examen, los jóvenes veinteañeros clavan sus miradas en Lucio. Y él se siente incomodísimo por mostrarse tan expuesto. Dos alumnos de la tercera fila llaman su atención con presuntos gestos cómplices. Cada vez está más desesperado. No entiende nada. Cuando el profesor se acerca hasta la mesa y le entrega el folio con las preguntas, Lucio vuelve a la carga en sus rogativas: “*¿una mascarilla, por favor? ¿Qué está pasando, diosito de mi vida?*”. La única respuesta del profesor es un ceño fruncido.

Guiado por la incertidumbre, Lucio se levanta y abre la ventana que queda a la altura del estrado, la primera vía de ventilación que exhibe el aula. Antes de que vuelva a sentarse, el profesor sentencia: “*ya podéis darle la vuelta al examen*”. Pasan unos segundos hasta que Lucio, inmerso en su sofocante turbación, cambia como un autómatas la cara del folio. Y entonces lee: “*FELIZ CUMPLEAÑOS, ABUELO LUCIO*”. Y los jóvenes arrugan los folios en blanco que tienen sobre las mesas para lanzarle las bolas a Lucio. Todos se levantan de sus asientos, gritan, brincan y abrazan por turnos al alumno cuarentón. En la clase reinan la algazara y la alegría sincera de quienes saben que los malos tiempos han pasado.

Sueños

CLAUDIA A. MORALES

“¿Es de equidad que durante años hayamos poblado la provincia de Buenos Aires de universidades públicas cuando todos los que estamos acá sabemos que nadie que nace en la pobreza en la Argentina hoy llega a la universidad?”

María Eugenia Vidal. Gobernadora Bonaerense.
Rotary Club de Buenos Aires. Año 2018.

HOY

Sentada frente a la compu, espero ansiosa comenzar con mi clase. Hoy no es como siempre. Hoy tiene gusto a revancha.

Mis hermanos prometieron portarse bien y hacer silencio. Ojalá cumplan. Estudiar en esta época no es nada fácil. A veces dan ganas de bajar los brazos, pero no. Se sigue. Se levanta la cabeza y se sigue.

Claro que nada de esto sería posible sin la generosidad de Maite que me presta su notebook.

Sin Juancito que me pasó su clave y entonces puedo usar su wifi. Sin Franco que me trae hojas del negocio donde trabaja, las va consiguiendo de a poco, yo le digo que medio es robar, pero él me dice que si lo meten preso por un par de hojas, yo lo voy a sacar. Sin Vanesa y Nacho, que son los que imprimen mis apuntes. Sin mi madre que me prepara café para pasar la noche estudiando. Sin mis hermanos que hacen promesas.

El Universo, a veces, conspira a favor. Hoy me siento especialmente feliz. El destino tiene algunos trucos. Y ayer me mostró su magia.

AYER

Perdone, seguro está muy ocupada. Pero hace un tiempo largo que quería hablar con usted y ahora no me voy a perder la oportunidad. Son diez minutos, le juro que no le robo más tiempo. No, no le vengo a vender nada. O sí, le vengo a ofrecer un sueño, a ver si me lo compra.

Me llamo Ana. Vivo en Villa Azul, un barrio entre Quilmes y Avellaneda. ¿Fue alguna vez? Es un barrio perdido en la provincia de Buenos Aires. Para usted debe ser uno igual a cualquier otro. De casas humildes, de gente con sueños chiquitos. Porque a los que vivimos ahí los sueños siempre nos quedan grandes, como la ropa que heredamos de nuestros primos, de nuestros hermanos, porque casi nunca hay plata

para ropa nueva. Porque la suerte siempre pateea para el otro arco, ¿me entiende?

Yo fui un poco la madre de mis hermanos. Desde chica me tuve que hacer cargo de ellos. Mi vieja trabajaba en casas de familia limpiando y venía a la noche, agotada. Y papá nunca tuvimos. Bah, tuvimos, pero se borró. Como se borran casi todos. No me mire con esa cara, allá donde vivo está lleno de madres solas con sus pibes.

Así que yo me ocupaba de las cosas de la casa y de mis tres hermanos. Soy la mayor. Igual no me quejo, es lo que me tocó. Uno no nace para ser feliz. Eso es una mentira que algunos tratan de meterte en la cabeza. La vida es un poco de todo. Felicidad, sí, a veces. Y a veces es mierda, lucha, hambre. En mi casa muchas noches no se come. Se toma una taza de leche con un pedazo de pan y a la cama. Por suerte siempre fuimos al colegio. En eso mi mamá no transa. Escuela pública, claro. Ni loca puede pagar colegios privados. Yo terminé la secundaria el año pasado. Nunca me llevé una materia.

Y este año empecé la Universidad. Pública, también. Quiero ser abogada. Desde chica tengo este sentido de la justicia que me hace enojarme con tanta desigualdad respirada en cada esquina del barrio. Porque las esquinas están llenas de pibitos que creen que no van a conseguir nada, que su vida está acabada, que ni siquiera vale la

pena intentar cambiar el rumbo de un futuro que parece marcado con el primer llanto.

Pero quizás no me entiende. Porque usted tuvo todo. Tuvo un hogar, tuvo agua caliente, tuvo comida, tuvo alguien, me le juego, que le dijo que todo lo que deseara se le iba a cumplir. Adonde vivo yo, la realidad nos baja los sueños con honderas. Pero algunos pocos conseguimos mantenerlos en pie. Creyendo que vamos a poder salir de la pobreza, de la mugre, de la miseria.

Por eso es tan importante para los pobres estudiar. Porque el conocimiento nos hace libres. Porque como dijo Mandela: «La educación es el arma más poderosa que puedes usar para cambiar el mundo.» Y porque a mí, nadie, ni siquiera usted, me va a robar mis sueños, señora Vidal.

Una dura prueba

ALBERTO RUFAS BALAFUY

Era casi la hora. Pensaba que, al realizar el examen desde su ordenador, en casa, amortiguaría los nervios pero no fue así. Otro vistazo al reloj: le daba tiempo de una visita rápida al baño. ¿Cómo habrían previsto las múltiples opciones que este sistema ofrecía para copiar? Él y sus compañeros desde luego habían pensado mucho en ello. Sabían que tanto la cámara como el micrófono debían estar encendidos mientras durase la prueba, que la plataforma mediante la que escribirían no permitía copiar y pegar, y poco más. ¿Qué impedía que alguien, un familiar o amigo, sujetase los apuntes o un libro detrás de la pantalla? ¿Era posible verificar a través de una cámara de 4 megapíxeles (una resolución más bien baja) que los ojos se apartaban mínimamente y leían?

Demasiadas preguntas, demasiadas posibilidades abiertas, ¡y tan solo un minuto! Estrujó

sus intestinos y aún pudo mirarse en el espejo y atusarse el pelo. «A saber quién verá esta grabación luego», pensó.

A la hora convenida la página le dio acceso a un breve formulario: nombre, DNI, carrera y código de la asignatura. «Cargando», subrayaba una espiral sin fin. En ese momento notó que la mano le sudaba horriblemente pese a habérsela lavado hacía unos segundos.

—No te preocupes —le habían dicho sus padres—. En situaciones así siempre se tiene manga ancha. ¿No ves que casi no habéis dado clase? Lo que pasa es que tienen que hacer algo para que conste; para figurar vamos.

¿Había habido situaciones así? Por otra parte, en cuanto leyó el enunciado de la primera pregunta, se le hizo patente un vago temor que ya le perseguía: ¿qué sabían sus padres de exámenes y la universidad si ambos dejaron los estudios en la adolescencia?

«Según las Investigaciones Filosóficas de Wittgenstein, la idea de que una regla se puede seguir de forma privada es:

- a) Coherente
- b) Ambigua
- c) Inconsistente
- d) Ilógica
- e) Todas las opciones son falsas».

Un examen de Filosofía tipo test ya resultaba de por sí inadecuado. No se puede restringir así

el pensamiento. Si algo enseña la Filosofía es que hay matices, zonas grises, puntos de encuentro; se trata, en definitiva, de mantener un diálogo abierto.

Aquí se veía obligado a meter con calzador una respuesta que (estaba seguro de ello) ni tan siquiera a Wittgenstein habría satisfecho completamente. Para colmo de males el gran filósofo austríaco no contaba con la simpatía del joven estudiante: «Dos obras famosas y en una contradice lo que ha dicho en la otra —se repetía a sí mismo—. Así siempre gana. No es serio».

Marcó la opción c y siguió adelante.

El intrincado laberinto del lenguaje (si todas las opciones son falsas, ¿esa propia opción es falsa también y por lo tanto autocontradictoria?) le invitaba a profundizar en los pequeños detalles y evadirse, esto es, a dejar varias respuestas en blanco. Las excusas y el derrotismo se multiplicaban en su mente: «Tenía razón Marcos: un sistema de vibración tipo código Morse atado a la pierna y las lecciones codificadas y a campeonar», «a fin de cuentas, con la que está cayendo, ¿a quién le importa un examen?», «¿qué tal estará el tío de Julián? Con lo fuerte que es ese hombre...».

Lo cierto es que había malgastado el tiempo durante el encierro: muchas videollamadas en grupo por las noches, muchos videojuegos y la sensación de que el futuro que había previsto se difuminaba detrás de mascarillas y cifras. ¿Valía

la pena preocuparse por los estudios en medio de una urgencia médica mundial? Las preguntas, siempre las malditas preguntas.

Repasó el formulario: de las cuarenta cuestiones, había dejado un tercio en blanco, confiaba en haber acertado otro tercio y en el restante tenía dudas. Un hondo suspiro quedó inmortalizado en la grabación.

Se terminó el tiempo y con la frialdad propia de una época basada en las computadoras, la automatización, lo virtual y la eliminación de las distancias, la plataforma guardó, cerró y envió el examen. Nadie a quien pedir cinco minutos más; nadie con quien cotejar los resultados. Aunque el teléfono enseguida se llenó de mensajes. A falta de cariño, calidez, trato humano o como se lo quiera llamar, distracción: no miremos atrás ni adelante; embriaguémonos en emociones fáciles y satisfactorias; dejemos que otros se ocupen de pensar: lo que importa es sentir. Es la norma que debe seguir quien todavía sea joven.

Aún estaba comentando las respuestas en el chat de grupo que tenían cuando entró su madre con los ojos rojos: les habían llamado de la residencia para comunicar que su abuelo había dado positivo por coronavirus. Las palabras se le cortaban en un intenso y angustioso hipar, las lágrimas pasaron de esporádicas a torrenciales y él se percató de que nunca antes había visto a su madre así. En cierto modo, todavía conser-

vaba esa inocencia infantil respecto a sus padres: nunca se equivocaban, nunca sufrían, siempre estarían ahí; un padre debe cuidar de sus hijos, es lo natural. Por primera vez atisbó que llegaría un día, tal vez pronto, en que sería él quien los acompañaría al médico, haría sus gestiones y, en definitiva, aportaría la necesaria seguridad y confianza de saber lo que hay que hacer. Y pensó en que había una regla (¿privada?) no escrita que dictaba que, incluso en la tragedia, saber que estás acompañado es preferible a disfrutar de la prosperidad en soledad.

Saber para la vida

MANUEL ÁNGEL VÁZQUEZ MEDEL

Se había levantado temprano, como habitualmente. Tenía su primera clase a las 8.30, y solía entrar en el aula cuando aún estaba vacía y comenzaban a llegar los primeros estudiantes, que venían de los pueblos cercanos.

Durante el trayecto a la Facultad apenas prestó atención al hermoso entorno del río que le acompañaba en su recorrido, como el río heraclitiano que nos recuerda que todo cambia, todo fluye en transformación constante. Nada permanece. En el fondo de su mente resonaban las palabras del Director General de la OMS, que ayer había anunciado con tono grave la magnitud de la Pandemia y la incomprensible inacción ante ella.

Hoy impartiría su clase y después vería al Decano, para considerar su posible jubilación. Su edad y sus muchos años de servicio hacían acon-

sejable poner punto final, en estos críticos momentos, a su vida académica.

El Decano, que había sido alumno suyo hacía ya muchas décadas, y le profesaba un especial afecto, le animó a que -ya que era posible- esperara unos años a la jubilación forzosa, por el bien que -le constaba- hacían sus clases a los estudiantes. “Sin embargo -añadió- deja ya de asistir a clase. Creo que mañana mismo o pasado van a decretar el estado de alarma y se suspenderán las clases presenciales. No es necesario que corras ese riesgo”.

El profesor, que no recordaba haber faltado un solo día a su cita con los alumnos en sus más de cuarenta años de servicio, decidió ofrecer una lección muy especial aquel viernes 13 de marzo. No era supersticioso, aunque sabía que, en la mayor parte de las culturas occidentales, se consideran estos días como propicios a la mala suerte, y que incluso la aversión patológica a esa fecha tiene un curioso nombre clínico: *parascevedecatriafobia*.

Tenía un extraño presentimiento, y el día anterior había vuelto a leer *La última lección de Randy Pausch*. Pensó que también la suya de mañana podría ser su última lección.

El viernes vinieron menos alumnos a la clase, pero los que habían acudido estaban especialmente receptivos. En las pocas semanas que llevaban de este segundo semestre había consegui-

do “engancharlos” con la única asignatura que tenía un nombre propio en el plan de estudios: Cervantes.

Volvió a recordarles la reflexión de Javier Gomá con la que inició el curso allá por febrero: “España sería mejor, más cívica, más urbana, más humana, si se asemejase más a Cervantes, si imitara más su ejemplo, si fuera más cervantina. Y el resto del mundo también”. Y les insistió en que, en los tiempos duros que se avecinaban, siempre encontrarían una orientación iluminadora en el mayor escritor de todos los tiempos, del que decía Dostoievsky que su obra justificaba, por sí sola, la existencia y el sentido de la humanidad.

Puso especial énfasis en algunos de los mensajes más importantes de don Miguel: “Los males que no tienen fuerza para acabar la vida, no la han de tener para acabar la paciencia”. Pero, sobre todo, les recordó que siempre debíamos mantener una ventana abierta a la esperanza: “Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca”.

Terminó aquella lección tan especial recordándoles que el conocimiento alcanza su plenitud cuando se pone al servicio de la vida y se transforma en sabiduría. Les animó a afrontar con dignidad y resiliencia (según decimos ahora) todas las adversidades, como Cervantes, que tres días antes de su muerte, y con plena conciencia de ello, dijo una de las frases más hermosas que se hayan escrito nunca: “El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir”.

El profesor también sentía, más que nunca, el deseo de vivir. Para ello -solía insistir- “hay que aceptar que vamos a morir y no tener miedo a la muerte”. Cuando finalizó la clase, tras decirles que no sabía cuándo se volverían a ver, aceptó los abrazos y apretones de manos que algunas alumnas y alumnos emocionados le dieron con gratitud. Nunca habían asistido a una clase tan llena de verdad, de bondad y de belleza.

Durante el regreso a casa se sintió triste. Pero también satisfecho por el deber cumplido. Y recordó -en su amor por las etimologías, que nos revelan la profundidad de las palabras- que había tenido la inmensa suerte de convertir su vocación (pues verdaderamente había sentido la llamada a compartir el conocimiento y el saber) en profesión (profesando con toda intensidad una labor llamada a cambiar las mentes, los pensamientos

y los sentimientos de los alumnos). Contrario a las jerarquías educativas, prefería siempre la humilde palabra maestro (*magister*, de *magis*, más) para designar un trabajo gustoso -decía- que no solo debe contribuir a que los demás puedan saber más sino – y, sobre todo- hacer más y mejor, ser más.

En los días siguientes se sintió mal: fiebre, dolor de garganta, dificultades respiratorias... Tuvo suerte de que, en los momentos iniciales de extensión de la Pandemia aún no se habían saturado las camas de UCI en los hospitales, y fue atendido con plena competencia y afecto por excelentes profesionales. Sin embargo, nada pudo impedir que su estado se agravara y que, tras varias semanas intubado y en coma inducido, falleciera.

Tuvo que ser incinerado -como era su voluntad- casi sin más presencia que sus más próximos familiares. Hizo un buen mutis, que como decía Antonio Machado, no debe hacerse aplaudir.

Cuando se extendió la noticia de su muerte algunos comentaron, a través de las redes sociales, que por poco no había muerto el 23 de abril, como a él le hubiera gustado. Pero quienes se habían formado desde el extraordinario impulso de su sabiduría corrigieron de inmediato: murió, en efecto, el mismo día que Miguel de Cervantes, el 22 de abril.

Dicen que en el bolsillo de la chaqueta con la que fue ingresado encontró su esposa un pequeño papel, escrito a lápiz, con las últimas palabras de Cervantes: “¡Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!”.

Historia de un calcetín

ESTEBAN TORRES SAGRA

- ¡Me he matriculado en Filología Hispánica, no en Ingeniería Informática!- resonó una voz sobre el murmullo general del aula abarrotada cuando terminaron de explicarnos el farragoso protocolo para la conexión a las clases. Un aplauso, al principio tímido, pero luego estruendoso, refrendó el sentir unánime de los allí presentes al respecto. Antes nos habían anunciado que, a partir del día siguiente, se suspenderían todas las actividades universitarias en la modalidad presencial, al parecer por una quincena, por orden del Gobierno, para frenar la pandemia hasta que el peligro de contagio estuviera bajo control.

¡Qué galimatías de instrucciones sobre cómo abrir sesiones, enlaces, descargas, aplicaciones, foros y programas! No me cabían en un folio tantas notas.

“Pero bueno -pensé- dos semanas se pasan pronto y volveremos a la normalidad sin darnos

cuenta. Se quiera o no, estamos en el siglo veintiuno y es imposible que un simple virus condicione nuestras vidas. Lo dicta la lógica. Somos la generación más tecnológica de la historia, con los mayores avances en investigación que se hayan alcanzado nunca”.

¿Una quincena? ¡Ja! No he vuelto a pisar el Campus desde entonces y estoy en medio del segundo curso. Me han robado el mejor año de mi vida y no sé a quién culpar. He dejado de conocer a mucha gente, de deleitarme con explicaciones de mis profesores, apasionados de la literatura como yo, porque han estado más pendientes de la señal de internet que de declamar con énfasis un soneto de Lope, más comprometidos con encargarnos trabajos insulsos, para rellenar las horas muertas, y de facilitarnos una lista interminable de bibliografía relacionada con esos encargos inútiles que de despertar la pasión por el realismo mágico de Gabo, o *la otra sentimentalidad* de los poetas contemporáneos en nuestros corazones, cuyas sístoles endecasílabas alternan con las diástoles heptasílabas, predispuestos siempre a la lírica.

He desperdiciado mil flirteos con las de Medicina, en el bar de su facultad o en el comedor de la mía, tanto da; la posibilidad de abrir una puerta que ni siquiera sabía que tuviese instalada en el antepecho de mi curiosidad por la suspensión de las conferencias del área de Lingüística;

la emoción compartida de descubrir alguna obra maestra del cine en el cine, entre palomitas, coca colas y móviles que alguien ha olvidado silenciar. Y las fiestas de fin de cuatrimestre, tan necesarias para liberar la tensión acumulada en los parciales. Y las horas en la biblioteca estudiando y observando al personal, rebuscando algún ejemplar dormido de una edición única de Delibes, o de Unamuno, o de Salinas, o de Juan Ramón. Una carta manuscrita de Ramón J. Sender. El teléfono a lápiz de Juana de Ibarbourou en el margen de una de sus hojas. Una fotografía en blanco negro de Cernuda a modo de marcapáginas.

Y así, elucubrando sobre las cosas que se pierden y que jamás volverán, llegaron los momentos que de verdad importan. Una llamada anunciándome el positivo de mi padre, pero sin síntomas, rompió la monotonía de una tarde de mayo. Otra llamada, dos días después, para decirme que tenía algunas molestias y que lo habían dejado ingresado en el hospital para controlar mejor el proceso, rasgó alguna tela en mis entresijos. Un mensaje a las tres de la madrugada para informarme de su ingreso en la UCI al día siguiente sirvió como detonante para la desazón más grande que recuerdo. Y luego el llanto de mi madre, a las pocas horas, y sus palabras entrecortadas, rotas; y sus silencios, y sus hipidos, supusieron la bofetada más cruda soportada en mis dieciocho años de vida. Me dijo que no

fuera, porque no nos dejaban ni velar el cadáver siquiera.

Me vine con un padre que era capaz de desbrozar la selva con sus propias manos para abrirme camino y, cuando me dejen regresar, me lo encontraré dentro de una urna llena de cenizas sobre la repisa de un mueble. Y entonces me sentí egoísta y banal y arrodé mis pensamientos como un calcetín borracho. Y el llanto en solitario por la muerte de mi padre significó una catarsis radical cuando al final el dolor fue dejando paso a la norma: cada pequeño detalle de mi vida se convirtió en una conquista y dejé de culpar al abstracto, o a Dios, o al karma de la situación. Y vi en cada medida para suplir las restricciones una oportunidad nueva para crecer y multiplicarme, para aprender y cumplir todos los propósitos que seguían intactos en algún lugar recóndito, debajo de la mascarilla, porque mi alma desde entonces también llevaba mascarilla. Y no solo los afrontaría por mí, sino que cada logro mío se lo dedicaría a su memoria.

Hice mil conocidos a través de las redes sociales y desde ellas surgió la amistad. Aproveché para leer a Borges y a Garcilaso, a Maquiavelo y a Boscán. Encontré la esencia de esos trabajos tontos que nos encargaban y disfruté con ellos, buceando en la bibliografía. Alguien, enamorado como yo de la literatura, me envió un enlace para conectarme con la fonoteca de la Biblioteca

Nacional y todas las noches, antes de irme a dormir, gastaba unas cuantas lágrimas escuchando a los mejores autores del último siglo declamando, con su propia voz, poemas solo para mí.

Sentida presencia

JORDI SANTAMARÍA RIERA

Entré a clase y no había nadie. Bueno, sí. Estaba el profesor, pero en silencio absoluto. Miraba fijamente la hoja que tenía en su mesa y ni levantó la mirada para ver quién era yo. Parecía que no se había dado cuenta de mi presencia. Yo tampoco le dije nada, así que me puse a navegar por internet para ver las noticias del día. COVID, COVID y más COVID. Y alguna corruptela política, claro, para variar. Pasaron diez minutos y no entró ningún compañero. Para más inri, el profesor salió del aula. De nuevo, sin mirarme ni decirme nada. ¿Era yo un espíritu? Esa situación me hizo pensar en una película de mi adolescencia en la que un hombre se creía vivo estando muerto, pero le costó darse cuenta. Me puse a buscar información sobre ese filme que tanto me impactó, mientras una parte de mi cerebro se rayaba pensando sobre la posibilidad de no estar vivo. Fue entonces cuando eché de menos tener

un compi al lado para comentar mis sensaciones y hacerle un *spoiler* sobre la película. «Esas cosas que dan vidilla a la vida», pensé. Pero seguía sin entrar nadie. Así que a la media hora decidí abandonar el aula. Cerré el ordenador y me metí en la cama. Eran casi las diez de la mañana y ya no tenía clase hasta las doce, así que aprovecharía para dormir un poco. Estaba cansado de la noche anterior. Me había estado hasta más allá de la una leyendo artículos que nos habían colgado en el campus virtual y luego me costó coger el sueño. Pese a ello, ahora lo recuperaría un poco. La universidad online tenía estas ventajas. Aunque también la gran desgracia de sentir que, a veces, no hay nadie al otro lado. Una sensación de vacío que me acompañaba desde hacía ya demasiados meses y me estaba pasando factura. Una factura tan grande como la que me había llegado de la luz. Definitivamente, prefería las clases presenciales. Con ese pensamiento me dormí hasta la hora de comer. Al despertarme tenía un correo electrónico del profesor de la mañana que no se había dignado a saludarme. En él solo me escribía una pregunta: “¿Qué has sentido durante ese rato?”

CATEGORÍA JUNIOR

El pasar de los días

ANDRÉS FELIPE VARGAS CORONADO

1^{er} Premio

Despierto. Faltan diez minutos para las siete. Tengo clase. Tomo café con pan. Voy donde mi abuelo. Lo veo cepillar con cuidado su caja de dientes. Espero. Veo el reloj. Faltan tres minutos. Le doy los buenos días. Vuelvo a casa. Enciendo la PC. Ruego que no le dé por actualizarse. Abro el correo. Busco el link de la sala zoom. Entro a clase. Pongo a un lado *Cien años de soledad*. Digo hola. No enciendo la cámara. El profe explica. Atiendo a las explicaciones. Se acaba la clase. Apago la PC. Recuerdo.

Para marzo avisaron en las noticias que había llegado la COVID-19 a Colombia. Fueron cerrando todo, de a poco. Mi Universidad demoró en hacer el paso de la presencialidad a la virtualidad. Así que se retrasó un par de días ese viaje hermoso (no tanto aquella vez) que para vacaciones hago siempre: el del estudiante forá-

neo regresando a casa, al hogar. Dejé atrás Cali y volví. Huila. Pitalito. Vereda Versalles. La finca de mi abuelo. Vivimos todos juntos. Como un pequeño conjunto residencial en medio del campo. Eso significaba una cosa, simple y aterradora: si se contagia alguien, nos contagiamos todos. Yo no hice un cambio en la modalidad educativa. Para mí se suspendió el semestre. Asistí a clases, claro. O no sé. Digamos que me conectaba, contestaba asistencia y enviaba trabajos. Pasé. Pasé todas las materias y bien. No aprendí mucho, confieso. A veces una profe explicaba algo de unos territorios con condiciones de pobreza extrema, y eso se mezclaba con el grito de mi tía a mi otra tía diciéndole que ya hay casos en la Vereda y con la alocución presidencial del final de la tarde, que para martirio de todos terminaría siendo eterna. A veces se me mezclaban esas voces y entonces me perdía. Y en las noches, territorio solitario y silencioso, perfecto para entregarse a la tarea de ser un joven estudioso, me abordaba la incertidumbre. Y con ella las preguntas ¿Y si nos vamos a morir? ¿Para qué estudiar entonces? ¿Y si se viene el fin del mundo? ¿Este trabajo para qué me sirve? Igual los hacía y al otro día lo mismo. Así se me fueron los días. Y se me seguirían yendo.

En vacaciones leí mucho. O leí al principio. Luego empecé a pasar hojas. Tomás González. Juan Gabriel Vásquez. Manuel Vilas. Mariana

Enríquez. Pilar Quintana. Se me iban entre los dedos las páginas. Algo debió quedármeme. Se acabaron las vacaciones y las noticias de un nuevo semestre virtual cayó bien. Estarse en casa es bueno. Más viendo los noticieros: así colapsan los hospitales en Italia; en España aumentan los casos; en Ecuador las personas se mueren en las calles. Las redes sociales ayudaban: vídeos de ataúdes llenos de piedras; memes con teorías conspirativas; Bolsonaro diciendo que es una gripita; Trump yendo a la inversa: abriendo todo sin importar los muertos. Pasaron los días y con ellos se fueron las vacaciones.

Y sí, mi primera clase fue sobre *Cien años de soledad*. Excelente augurio. Nada puede salir mal en un semestre en que tu primera clase es sobre tu escritor favorito. Con más razones si vas a empezar a escribir tu tesis en aquel semestre. No fue tan mal, siendo sincero. Pero estudié a otro ritmo, o de otra manera. Escuchaba a los profes mientras mi pulgar bajaba infinitos vídeos de TikTok. O mientras respondía en Facebook comentarios a mis compañeros de la misma clase. O mientras leía en Twitter que Maradona, el barrilete cósmico, se había muerto. De vez en cuando, muy de vez en cuando, cuando en alguna materia a la profesora se le daba por hacer alguna actividad, me salía y volvía a entrar. Dada cierta materia, claro. En otras, cuando la clase parecía más un funeral virtual, había que salvar la patria

y entonces metía la cucharada. Lo terrorífico era el *Por favor, enciendan las cámaras*. Yo, perteneciente a la generación que pudo asistir a la universidad sin bañarse, me corría la mano por un cabello de dos días sin baño (cuando hacía mucho frío), me ponía un saco y daba clic. *Estás peludo*, me dijo un día una profe. Era cierto. Ya ni cuenta le tenía a la barba que se apoderaba de mis mejillas.

Así se fueron mis clases y mis días y mis horas. Encerrado en mi cuarto, en una esquina, pegado a unas pantallas, mientras afuera, por la ventana que mira hacia la casa de mi abuelo, las mirlas cantaban, un gallo pisaba a una gallina, los perros me llamaban a jugar y mi abuelo echaba cuentos más interesantes que las presentaciones de PowerPoint. En las noches ya no me abordaban cuestiones irremediables. Era lógico que había más probabilidades de sobrevivir que de morir, lo cual significaba trabajos con fecha y hora de entrega exacta en Moodle. También, grupos de WhatsApp por cada curso, por cada trabajo, por cada podcast a hacer. Al final los trabajos se subían a las plataformas con un fresquito, como si se descargara ahí, en ese pequeño espacio de una pantalla, un tren que se carga a las espaldas. Claro, a veces se me caía el internet y en medio de la inmediata preocupación también llegaba la calma: tienes una excusa, te pierdes la clase y luego ves con más atención la grabación. Sí, cómo no.

Así se me fueron las clases del 2020. No creo que haya muchas cosas para recordar. La rutina se acomoda sin importar la realidad. Ahí se va metiendo, de a poco, acuñándose y convirtiendo todo en *habitus*. Ahora que escribo esto, pienso que extraño algo; algo de melancólico me vuelvo. Extraño algo más que cualquier otra cosa. Porque al final fue linda la experiencia de estar en casa, habitar la casa, vivir la casa, sentir la casa, encerrarnos en casa. Quienes tenemos casa, digo. Extraño algo, algo me hace falta. Dos cosas en especial. Ir a la biblioteca de mi universidad. Leer a medias. Sentarme en el piso de baldosas blancas, bien frío, y leer al azar. Escoger un libro y a la semana otro y así. Y otra cosa extraño: encontrarme en los pasillos a la gente. Sin conocerla. Verle las caras, saludar levantando las cejas y elaborar una conversación en cualquier esquina. O encontrar, por ahí, en una de esas, a la chica que me parecía linda y nunca le hablé. Cuestiones terribles de no volver a la presencia. De terminar la U así, tan lejos de la U.

Metáfora de una realidad trastocada

ÁLVARO JIMÉNEZ LUNA

Accésit

—Son las siete de la mañana —dijo la pantalla inteligente que había encima de la mesilla de noche—. Hace una temperatura exterior de diez grados. Su primera clase comienza en una hora y treinta minutos.

Miguel estiró el brazo para hacer callar a la asistente. Abrió los ojos y miró las cuatro paredes blancas en las que llevaba viviendo siete meses. Aquel virus mortal no fue de agrado para nadie, aunque algunos lo llevaban mejor.

—Alexandra, prepara el desayuno habitual.

—Preparando huevos revueltos, tostada de mantequilla y zumo de naranja —dijo la inteligencia artificial.

Miguel se levantó de la cama. Presionó el botón rojo que había en una de las patas y ésta se guardó en la pared, «¿tenía que entregar algún trabajo?».

El gobierno habilitó una serie de determinados cubículos para evitar la infección mortal del virus. Crearon seis tipos diferentes (dependiendo de lo que la gente estuviese dispuesta a pagar por su comodidad). Las universidades españolas consiguieron becar a algunos estudiantes con la gama media de los cubículos blancos; Miguel fue uno de los privilegiados.

—Sirviendo desayuno —una mesa blanca apareció en el lugar de la cama. Encima estaban colocados los platos con comida, un vaso de cristal, cubiertos y una servilleta.

—Alexandra, enciende la televisión.

Una pantalla se encendió en la pared. A esa hora solo había noticias: *El virus sigue expandiéndose, miles de personas mueren por fallos en los cubículos. Recuerden, siempre deben salir al exterior con el traje de protección completo.*

Tras desayunar y hacer deporte online, hizo aparecer su escritorio. Todos sus lápices, cuadernos, subrayadores y un portátil aparecieron ante sus ojos. Un folio blanco con las siguientes palabras captó su atención: “Relata una pequeña historia sobre tu cuarentena”. «¡Madre mía!, se me olvidó hacerlo ayer».

—Alexandra, ¿qué hora es?

—Son las ocho y veinte de la mañana. En diez minutos comienza su primera clase: Diversidad, Convivencia y Educación Inclusiva.

«Esta tarea está habilitada para esta tarde, todavía puedo entregarla», pensó con el folio en la mano.

La pantalla de la televisión cambió a una sala de espera para la videollamada de la clase. En su portátil se abrió el chat de clase, «espero que hoy no estén charlatanes, tengo mil cosas en la cabeza». La profesora compartía cubículo con su marido y sus hijos. Por lo tanto, su cubículo era mucho más amplio. Las clases avanzaban, terminaban y comenzaban de nuevo. Todo era un bucle repetitivo durante cinco horas seguidas.

Cuando las clases terminaban todos volvían a la monotonía de los cubículos. Su familia vivía en otra comunidad autónoma y su única manera de comunicarse era por las videollamadas de *Alexandra virtual reality* (los cubículos universitarios la tenían instalada, pero eran muy caras).

—Tienes una llamada entrante, ¿quieres que sea por virtual reality o modo tradicional?

—Realidad virtual.

Una proyección de sus padres, su perro y sus tres hermanos pequeños surgió ante sus ojos. «Si no fuese por los pequeños píxeles que parpadean, juraría que están aquí».

—¿Cómo llevas las clases? —preguntó su madre. Las ojeras marcadas le preocuparon.

—Los exámenes se acercan y tengo que apretar, pero son muchas clases y demasiado trabajo.

—Tú puedes con todo —dijo su padre—. Por cierto, el cubículo de los vecinos se quedó abierto durante la noche. Ha sido una masacre estremecedora. Lo he visto cuando fui a comprar.

—Estas cosas fallan, hay que tener cuidado.

—Procura ponerte el traje.

Finalizó la llamada y le preguntó la hora a Alexandra. Tenía treinta minutos para hacer el trabajo y entregarlo. Una presión en el pecho le impedía concentrarse. *Haciendo cambio de oxígeno*, dijo la voz de la inteligencia artificial de fondo. Tenía que escribir un mínimo de tres mil palabras, «no voy a poder conseguirlo. Ni siquiera me acuerdo de los vídeos que vimos». Comenzó a redactar en su portátil sin pensar en lo que tecleaba.

Solo quedaban cinco minutos para entregarlo, «lo veo bastante correcto, espero que me apruebe. Con un cinco creo que será suficiente». La bandeja de entrada de correos estaba a rebosar, «¿desde cuándo tengo tantos mensajes?». Dudas de sus compañeros, trabajos de profesores a los que no había visto en siete meses, anuncios de muertes por culpa del virus. La pantalla del ordenador cambió a negro: *batería agotada*.

Buscó el cargador entre los montones de objetos acumulados en sus cajones. Lo enchufó y esperó a que la pantalla del PDF final apareciese otra vez.

—Fallo en oxigenación. Fallo en oxigenación.
Fallo en oxigenación.

Las paredes blancas del cubículo se apagaron. Ahora eran paredes de cristales, un escaparate al mundo real. Las calles estaban vacías, había cadáveres en las aceras. Una mujer con el traje de protección caminaba cerca de su cubículo con bolsas de la compra y un perro (no les afectaba el virus).

—Alexandra, saca mi traje del virus. AHORA.

Dos puertas de armario se abrieron en una de las paredes. Intentó colocarse primero los pantalones, pero el virus ya había entrado en el cubículo. Su piel comenzó a ponerse de color rojo. Varias burbujas de pus surgieron por sus brazos descubiertos. «Tengo que entregar el trabajo, no puedo suspender». Se arrastró sin fuerzas hacia el escritorio. Sus pulmones estaban tan hinchados que no podía respirar.

Las burbujas comenzaron a explotar. Su sangre salía por aquellos orificios. Subió la mano al escritorio intentando enviar el trabajo. La voz de Alexandra sonaba lejana entre la oscuridad que Miguel veía, se había quedado ciego.

—Trabajo entregado tres minutos y veinticinco segundos antes del cierre. Esperando calificación. ¡Mucha suerte!

«Menos mal, pensaba que no llegaba a tiempo», pensó Miguel, yaciendo en el suelo de su cubículo.

¿Esa era la respuesta?

ADDEL HERNÁNDEZ DE LA MORA

Ahora no enciende el teléfono. Se me cayó por avisarle a esa señora que se le había olvidado la mascarilla, que no la tenía puesta, miré para otro lado y el teléfono se me resbaló al suelo, se rompió. ¿Cómo reviso la nota ahora? Voy a tener que virar para la casa. No puede ser que después de esperar tanto tiempo por la última nota del semestre me pase esto... aunque igual no espero mucho, “Sociedades Contemporáneas en Periodos de Crisis” es la optativa más difícil de la carrera. Seguro suspendí, y más con el profe Ramón, dicen que en sus treinta y un años de docencia se ha hecho un cementerio con los repitentes, ahí deben estar ya mis costillas, desde que envié el examen hasta la fecha ni carne deben tener. Igual es culpa mía por no quedarme con “Manifestaciones Culturales en Posguerra”, pero... ¿para qué me sirve la cultura de posgue-

rra ahora? Yo quiero resolver problemas, quiero aportar algo que valga la pena, la cultura se la dejo al que le guste. El profe Ramón tiene mala fama con las notas, aunque alguien con más conocimiento que él es difícil encontrar, lo respeto, aun si me suspende.

Si cojo por esta calle corto camino, voy a esperar que cambie el semáforo. La pregunta del examen era “Si podemos clasificar los periodos de crisis en los niveles: bajo, medio y alto, según su repercusión en la sociedad ¿Cuál nivel asignarías a la crisis provocada por el COVID-19? Justifique su respuesta con los elementos necesarios.” ¡Altísimo!, le respondí yo, basta con mirar al rostro a cualquier persona que te encuentres, si tiene puesta mascarilla lo ves normal, incluso sientes que tu subconsciente lo aprueba. Un año atrás te hubieses reído. Si ves que alguien no lleva mascarilla te parece temerario, antes de la epidemia eso era lo usual. La COVID-19 ha puesto la sociedad al revés. Ya cambió el semáforo, cruzo la calle lo más rápido que puedo. La pregunta del examen parece fácil pero ahí está lo difícil, el profe Ramón no se va a conformar con una respuesta sencilla, él va a exigir que la defiendas como si fuese tu ejercicio de graduación, aunque no tengas de donde sacar, por eso estoy seguro de que suspendí, porque a mí me parecía que la solución era simple. Cuando llegue a mi casa sabré que sucedió en realidad.

Este barrio por el que estoy caminando, por ejemplo, siempre estaba lleno de gente. A la derecha hay un restaurante famoso, todas las semanas invitaban a un trovador distinto, y muy buenos todos. Ahora está cerrado. Hay una discoteca a dos cuadras de aquí que no está funcionando, el gobierno le prohibió abrir. El cine también está cerrado, es ese edificio rojo que hace esquina, yo tenía entradas para un estreno la semana próxima..., pero no va a poder ser. El profesor lo dijo varias veces en clase, que para catalogar como “alto” el nivel de una crisis, era obligatorio demostrar que la sociedad sufría alteraciones negativas, pero que si la economía no sufría un desplome radical la crisis sería leve, y bueno... la economía se vino abajo con la COVID-19. Como no tenía nada más con que contestar en el examen, yo le hablé de todos estos lugares al profesor, quizás le pique la nostalgia o algo y me apruebe..., aunque esas cosas no pasan.

Ahí está mi casa, voy a entrar. Me quito los zapatos y me dirijo al baño; estar lavándose las manos todo el tiempo es molesto, y más cuando estás apurado. Aún tengo puesta la mascarilla, me la quito con fastidio, si no la llego a ver en el espejo, hubiera subido al cuarto con ella. El corazón me late fuerte en la escalera, estoy nervioso. Abro la puerta y me siento frente a la laptop y en los pocos minutos que tarda en encenderse mi mente divaga. Es casi seguro que suspendí.

Por suerte todavía falta bastante para el día de la revalorización, aun así, quiero saber el resultado, ya no aguanto más la duda. Mi ansiedad por conocer la nota de esta asignatura se parece a la incertidumbre de la COVID-19; no sé cuándo, pero en algún punto superaremos esta etapa, y al igual que en mis previsiones académicas, estoy seguro de que al principio el saldo será negativo. El reto importante viene después, la humanidad intentará aprender de la experiencia, y yo no suspender el año. Ya se encendió la computadora, abro el correo y descargo el archivo de las calificaciones. ¡Cómo se demora en abrir el documento!... ¡ahí está mi nota!

Ya sé el resultado, me recuesto en el espaldar de la silla y estiro los brazos, siento que me quitó un peso de encima. Al final tenía razón, para la humanidad y para mi futuro académico, la única respuesta correcta es seguir avanzando, no hay otro camino

Conversión de la normalidad en utopía

JUAN VILLEGAS ARIZA

13 de marzo de 2020

Aquella tarde del día 13 de marzo de 2020, David abandonó la Facultad de Filosofía y Letras junto con el profesor Arnaiz conversando amigablemente sobre la última historia que ambos tenían en mente sacar a la luz en los próximos meses. David cursaba el último año de Filología Hispánica y había propuesto al profesor Arnaiz publicar una novela de ficción para culminar de esta manera su brillante paso por la facultad. Arnaiz, cercano como siempre con sus discentes, accedió y se prestó a colaborar redactando el epílogo de la obra.

Caía el sol mientras paseaban distendidos por la calle Deanes y viraron a la izquierda, donde ya se presenciaba imponente el alminar de la Mezquita-Catedral. Justo allí encontraron a un grupo de turistas con rasgos asiáticos que usaban

lo que parecía ser una mascarilla quirúrgica, usadas habitualmente en centros médicos. Alumno y profesor sonrieron no sin cierta complejidad ante esa situación. Precisamente aquella mañana David reparó en la televisión de la cafetería de la facultad ante un titular del noticiario que captó su atención: *«un virus de origen desconocido causa estragos en la ciudad china de Wuban»*.

David comentó la noticia al profesor y ambos concluyeron que el uso de mascarillas por aquellas personas podría deberse precisamente al exceso de responsabilidad propio de la sociedad asiática, caracterizada por su especial disciplina.

- Podríamos encauzar nuestra obra por ese camino- dijo Arnaiz con una media sonrisa que David no supo cómo interpretar.

- ¿Sobre la disciplina y valores asiáticos? Si bien ese estilo de vida parece una utopía para nuestra sociedad, me temo que no es ciencia ficción. Aquí tenemos una prueba de ello-. Soltaron una carcajada amigable y transcurrieron unos segundos en silencio.

- Me refiero a la noticia que viste esta mañana, David. Imaginemos que el virus del que me has hablado se expande sin control por todo el mundo, cambiando nuestros hábitos de vida, paralizando el transporte y ocasionando daños económicos irreversibles, desembocando en un nuevo orden mundial en el que la enfermedad azotaría a todos por igual, no sirviendo esta vez

el dinero o el poder como protección. Un nuevo mundo caracterizado por la hostilidad, la escasez de recursos y el miedo al contagio – apuntó el docente con entusiasmo.

- Aunque ese proyecto encaja con el objetivo de narrar una historia ficticia, no estoy del todo seguro de que nuestra idea sea original. De hecho, creo que ya existen diversas series y películas que tratan sobre una pandemia global que muestra el lado más insolidario del ser humano-. David miró un tanto desilusionado a su profesor mientras éste desviaba su mirada hacia el frente.

- No te preocupes, David. Nadie hasta ahora lo va a contar como lo vas a hacer tú. Sé de tu habilidad narrativa y de tu exuberante capacidad imaginativa. Solo tienes que lanzarte a por ello-. Con un guiño y una leve palmada sobre el hombro de David, Arnaiz se despidió del joven, que quedó unos segundos paralizado antes de ponerse decididamente en marcha luciendo ahora sí un rostro convencido.

10 de octubre de 2020

Pasaron los meses y David ya tenía redactados los tres primeros capítulos de los catorce que compondrían su obra. Era sábado y había dedicado todo el día a repasar erratas de todo lo redactado hasta ese momento. Por la tarde había intentado contactar con el profesor Arnaiz, el cual le había hecho saber en reiteradas ocasio-

nes su total disponibilidad para apoyarle en su obra. Sin embargo, sus cuatro llamadas no recibieron respuesta. La última vez que compartió opinión con Arnaiz fue tras una clase telemática, en el mes de mayo. Lo recuerda con agrado, pues Arnaiz maldecía constantemente a los aparatos electrónicos y anhelaba el regreso de la presencialidad en las aulas.

El contexto ahora era radicalmente distinto a aquel de marzo. Se sentía estúpido por esas risas ante aquellos turistas asiáticos por usar mascarilla. Ahora él debía usarla incluso en su habitación, de donde no podría salir hasta el viernes de la semana próxima. Le habían enviado un SMS notificándole su positivo en el “virus que causaba estragos en Wuhan”. Recordaba aquel pasaje en la cafetería con amargura.

El domingo por la mañana volvió a llamar al teléfono del profesor Arnaiz. Descolgó la que dedujo sería su esposa.

- ¿Sí? – dijo una voz tenue.

- Buenos días... -titubeó David unos instantes-. ¿Podría hablar con José Arnaiz? Soy un alumno que está trabajando en un proyecto con él y agradecería poder hablar unos instantes con José.

La línea pareció cortarse, pero rápidamente una voz nueva, masculina, respondió.

-Hola, David, soy el hijo de José. Has hablado con mi madre, pero... Bueno, creo que le llevará

un buen tiempo recuperarse. La semana pasada mi padre falleció por culpa del dichoso virus -dijo el hijo del profesor Arnaiz con un lenguaje un tanto coloquial que contrastaba trágicamente con el perfil docto e ilustre de su padre.

David se limitó a colgar y comenzó un llanto desconsolado. No olvidará jamás ese domingo. Tampoco olvidará el día siguiente en la facultad. Vacía e inhóspita. En la puerta de clase, apenas diez compañeros para rendir un breve homenaje al profesor Arnaiz. Las limitaciones para las reuniones no permitían más.

Volvió a sentirse nuevamente estúpido por menospreciar aquello que ahora le había arrebatado la vida a su gran amigo y profesor. En ese orden.

25 de febrero de 2021

David se encontraba colaborando ocasionalmente con un diario de Córdoba, donde había realizado hacía no mucho sus prácticas curriculares. Estaban realmente satisfechos con su trabajo y predisposición, por lo que no tardó en hacerse con un puesto de trabajo que, si bien era a tiempo parcial, le permitía costearse en gran parte sus futuros estudios de posgrado en creación literaria.

Sus superiores le ofrecieron, habida cuenta su especial capacidad narrativa, publicar una breve novela de temática libre en colaboración con

una editorial cordobesa. David, ilusionado ante esta nueva oportunidad, pensó que ya tendría el modo adecuado para dar a conocer su obra que estaba en marcha desde marzo del año anterior.

Sin embargo, tras días de reflexión en casa, David decidió empezar una nueva novela. Una historia que homenajeara al profesor Arnaiz y que pusiese en valor un estilo de vida que hoy en día nos parece tan lejano pero que no hace tanto tuvimos.

Una tarde decidió acudir a la biblioteca de su ya antigua Facultad de Filosofía y Letras. Estuvo pensando en el nuevo texto y, como tratando de simular el recorrido que hizo aquella tarde de marzo con el profesor Arnaiz, salió a la calle y se dirigió nuevamente hacia el alminar. Se sentó en uno de los escalones anejos a la torre y se dijo que escribiría la mayor novela de ciencia ficción jamás esperada. Escribiría sobre un mundo dominado por los abrazos, la solidaridad y lo humano.

En definitiva, se dijo que describiría aquel momento ficticio y utópico de una tarde de marzo de 2020 mientras paseaba con el profesor Arnaiz fantaseando con un mundo imaginario ahora convertido en realidad.

Cuando la universidad se puso mascarilla

SANDRA MARÍA ROMERO CASADO

Mi hijo es estudiante de Veterinaria. Está viviendo una etapa maravillosa, pues la vida universitaria es un camino de autodescubrimiento, donde conocemos nuestros verdaderos gustos e inquietudes, a personas fantásticas que se pueden convertir en amigos para toda la vida y, en ocasiones, podemos, incluso, encontrar un amor.

Y es que él ha conocido a una chica de su clase y le ha pedido salir. Ella ha aceptado, porque Javi, sinceramente, y no sólo porque sea mi hijo, es un chico bastante guapo, listo y simpático. Vamos, que lo tiene todo. Pero voy al grano del asunto: nunca lo había visto, como él dice, «tan enganchado».

El otro día, me preguntó que cómo conocí a su padre. Me quedé sorprendida, pues en sus diecinueve años de vida, nunca había manifestado esa inquietud. Así que, divagando, como es mi estilo, comencé a relatarle:

—Como bien sabes, tu madre es una romántica. Lo dejé con el primer chico con el que había estado saliendo cuando me mudé para estudiar Enfermería. Las cosas entre él y yo ya no iban bien. Tus abuelos me ayudaron mucho con la mudanza y la abuela dejó que me llevara a Fíguro para que me hiciera compañía. Todavía echo de menos sus maullidos.

—¿Y cómo fue al principio, mamá? Supongo que lo pasarías genial viviendo tú sola en Madrid, ¿eh? —*preguntó mientras guiñaba un ojo y me propinaba un codazo.*

—Bueno, a ver, cariño. No todo es tan fácil. Tenías que cocinar tú sola, lavar y planchar tu ropa... Los abuelos venían a verme cada dos semanas y me traían táperes y algún que otro regalo. —*Hice una pausa y esbocé una sonrisa*—. En cuanto al primer curso, te diré que fue increíble. Conocí a mis amigos: Cristina, Lucía y Gabriel. Recuerdo que todo eran carcajadas en la clase de Anatomía, cuando a Gabri le tocó montar un esqueleto y lo hacía del revés.

—Ja, ja, ja. Me imagino a Gabriel. —*Javi conoce a todos mis amigos de universidad*—. ¿Y salíais de fiesta, mamá?

—Sí, un montón. Cada mes era el patrón de una disciplina universitaria y nos íbamos con los alumnos de otras facultades, a tomarnos algo, a bailar... Lo pasábamos genial. Sin embargo, en cuarto curso, todo se torció. Llegó la COVID-19

y como ya sabes, fue devastadora. En mi caso, nos fastidió bastante, pues, en resumen, se acabó nuestra vida universitaria. Sólo podía ver las caras a mis amigos a través de videollamada. Literalmente, de hecho, porque en clase, usábamos mascarilla y sólo se nos veían los ojos.

—*Qué complicado.* ¿Había clases presenciales? ¿Y los exámenes cómo...?

—Pues algunas clases fueron presenciales, aunque al inicio de la pandemia fueron online. Después, las combinábamos online y presenciales. Los exámenes igual. No me motivaba mucho, la verdad. —*Suspiré*—. Las prácticas fueron diferentes. Las suspendieron y las aplazaron. Se escuchaba que nos iban a contratar antes de terminar los estudios y tuvimos que padecer escenarios muy duros.

—Ya...

—Estaba hundida. Me tiré meses sin ver a los abuelos entre las restricciones por movilidad y el miedo a contagiarlos. Me sentía muy sola. En las prácticas tuve que usar equipos de protección individual que no había visto en mi vida. Las plantas de hospital donde antes había hecho prácticas, se transformaron en unidades adaptadas a la COVID-19. Además, tuve que atender a una profesora que había ingresado. —*Sentí un nudo en la garganta al pronunciar aquello*—.

—Se te ha escapado una lágrima, mamá.

—Es que fue especial. Estuve cuidando de Alfonso, un señor pluripatológico. Su hijo, un chico joven, lo visitaba a diario y nos preguntaba preocupado por la evolución. Por las tardes, le llevábamos a Alfonso un dispositivo para que pudiera comunicarse con su familia a través de videollamada. Esos momentos eran mágicos. Pero luego, volvía a casa, sola. Me duchaba, hablaba con los abuelos si tenía un poco de energía, «hacía Skype» con los amigos y pedía comida a domicilio.

—No me imagino mis días de prácticas así. Ni tan siquiera llevar un año universitario de esa forma.

—Imagínate, Javi. Habíamos perdido el contacto, losorros al final de clase en los pasillos, la fiesta, las clases como siempre las habíamos vivido... ¡Hasta tuve que cancelar el Erasmus a Reino Unido! Mi vida había cambiado tanto... Era un sentimiento extraño. Como si hubiera terminado la carrera, pero sin terminarla. Y, por supuesto, nada de graduación ni de viaje final.

—¡Dios mío!

—Ja, ja, ja. Vaya. Esa era mi rutina: clases online, hospital, casa, ducha, videollamadas y pedidos a domicilio. Porque no me apetecía nada cocinar. Engordé cinco kilos, ¿sabes? Pero, un día, no pude más.

—¿Qué te pasó?

—Falleció una paciente en el hospital, iba atrasada en una entrega del Trabajo Fin de Grado y Cris nos contó que estaba aislada en su dormitorio porque había cogido el virus. Esa noche, cuando vino el repartidor de comida, comencé a llorar delante de él y me dijo que no me preocupara. Los dos estábamos con mascarilla y el chico me abrazó unos segundos. Me quedé paralizada porque no conocía a aquel muchacho, pero el abrazo resultó de lo más reconfortante en varias semanas. Antes de irse, se distanció de mí y se bajó la mascarilla.

—¿Y...? —*preguntó expectante.*

Ahí fue cuando no di crédito y vi que el chico que llevaba semanas viniendo a traerme la cena, no era otro que el hijo de Alfonso, el paciente que había estado atendiendo en mis prácticas un mes entero. Antes de que tomara el ascensor, nos dimos los teléfonos. De esa forma, a mi rutina, se incluía una videollamada nueva. En el hospital, no parábamos de hacernos bromas sobre si debería de dejar de pedir a domicilio y, aquello nos permitía a ambos relajarnos de la situación que estábamos viviendo.

—¿Qué pasó con Alfonso?

—Pasó que, cuatro días después de finalizar mis prácticas, a Alfonso, tu abuelo, le dieron el alta. Y tu padre le contó cómo había empezado a salir con la enfermera que lo cuidaba.

—¡Ostras! ¿Y con el resto? ¿Con tu amiga Cristina?

—Cristina mejoró, pero contagió a su padre, quien falleció meses después en la UCI. Lo pasó realmente mal y todos estuvimos allí para apoyarle. Cuando terminamos y presentamos el Trabajo Fin de Grado en clase, donde pude ver a mi profesora ya recuperada, nos prometimos que viajaríamos juntos cuando esto acabase. Yo comencé a trabajar en el hospital y presenté a papá a los abuelos.

—Es increíble tu historia, mamá. Me cuesta creerlo todo.

—*Pues así* fue, hijo. El consejo que puedo darte, Javi, es que disfrutes de tus años de universidad. Pasan rápido. Y que Mónica también los disfrute. Estudiad, salid con amigos, reíos y, si creéis que merece la pena, intentadlo juntos. Pero recordad que, pese a todo, estos años serán los mejores de vuestra vida.

Al final, como en todas las charlas que tengo con mi hijo, nos fundimos en un largo abrazo, que sólo se vio interrumpido por un sonido familiar, haciéndome sentir que alguien todavía nos acompaña, aunque ya no esté.

—¿Has oído eso?

—¿El qué, mamá?

—No sé, a veces parece que oigo algún maullido.

Y ambos terminamos riendo.

El año en que se fue en pijama a la universidad

TERESA ZURDO GIL

En todo este tiempo, nunca había visto nada igual.

He presenciado huelgas, manifestaciones y enfrentamientos con la policía. He estado en reuniones de estudiantes en las que se plantearon ideas que cambiaron el mundo, y he vivido protestas por la libertad de expresión, la subida de las tasas o por distintas causas humanitarias y sociales. También he servido como hospital, almacén de guerra, incluso como escenario para batallas campales. Me han hecho pintadas y grafitis, he recibido bombas y balas en varias ocasiones, pero nunca había vivido algo como lo de este año.

Recuerdo que todo empezó el mes en el que la primavera se abre paso por el Campus, que es mi momento favorito del año. Las temperaturas habían mejorado y los estudiantes se sentaban en la hierba, bebían botellines de cerveza y dejaban

que el sol les diese en la cara. Al principio, solo escuché algunos rumores en los despachos de los profesores, en la barra de la cafetería y en las escaleras de la entrada de la Facultad. Hablaban de un virus del que no se sabía nada, que ya se había extendido por otros países y desconocían las consecuencias que podía tener. A medida que pasaban las semanas, se convirtió en el tema principal de conversación.

De un día para otro, todo cambió, como si alguien le hubiese dado al botón de pausa. No veía a ningún estudiante fumando en la entrada, jugando al fútbol o haciendo *footing* por los alrededores. Las paradas del autobús estaban vacías y no había motos ni bicicletas aparcadas en la puerta. Me pregunté qué había ocurrido para que me abandonasen de esa manera. Dejé de escuchar los saludos y los buenos días, de aspirar el olor del café y el humo de los cigarrillos.

Una sensación de soledad lo invadía todo. Había una tristeza que recorría las aulas vacías, los pupitres abandonados y las pizarras en blanco. Los locales de las asociaciones de estudiantes estaban cerrados y nadie ocupaba las mesas de la cafetería, donde he visto nacer tantas amistades. El silencio era lo que más me impresionaba, ese silencio que antes estaba lleno de explicaciones, preguntas e inquietudes. Pensaba en las discusiones filosóficas que no se estaban teniendo, las miradas de enamorados o las risas en los inter-

cambios de clase. Recordaba todas las conversaciones que había escuchado en estas paredes, en las que se discutía por la última cuestión política o se planeaba el viaje de fin de curso. Y los bostezos en la clase de las ocho de la mañana, las colas en reprografía, los nervios antes de una exposición y el alivio al salir de un examen especialmente difícil. Tampoco escuchaba las quejas por algún profesor demasiado exigente o las explosiones de alegría al enterarse del aprobado.

Evocaba con nostalgia aquellos días en que los estudiantes llegaban a la Facultad con la mochila a la espalda, la carpeta pegada al pecho o el casco de la moto colgando del brazo. Pensaba con un poco de ternura en los alumnos nuevos que andaban con aire perdido buscando su aula, los que hablaban otros idiomas y los que no entraban jamás en el aula, pero a los que siempre se les podía encontrar en la cafetería jugando a las cartas. También echaba de menos al conserje que abría y cerraba la Facultad, al personal de secretaría, y al anciano profesor que seguía acudiendo a dar clase. Me preguntaba dónde estaban los que vivían en la biblioteca un día tras otro, y los que no conseguían estar con la cabeza inclinada sobre los apuntes más de unos minutos. Habría dado lo que fuese por oír de nuevo las pisadas de los estudiantes que buscaban un libro en las estanterías, los susurros entre las mesas o las expresiones apuradas de los que se ponían a estudiar el día anterior al examen.

Hubiese preferido las manifestaciones y huelgas, que siempre dan bastante ambiente. Echaba en falta las asambleas estudiantiles, los días en que los tablones estaban llenos de anuncios y los carteles revolucionarios colgaban en el vestíbulo. Este año no hubo graduaciones —con sus togas, sus discursos y sus birretes—, ni se cantó el *Gaudeamus igitur*.

Los días se sucedían y todo seguía igual. Los pajarillos cantaban sin que nadie los escuchase y los árboles florecían en un campus solitario. Cuando llovía, lo consideraba una forma de llorar. Los únicos que venían a visitarme eran el personal de administración y de limpieza. Me miraban con preocupación y un cierto cariño que me conmovió. Decían que había que ventilarme, dibujar flechas en el suelo, limpiar los pupitres y poner dispensadores de gel hidroalcohólico. Hablaban de cambios en el calendario, de medidas de seguridad y de aforo limitado.

Decidieron que el curso debía continuar y que los alumnos recibirían clases desde sus casas. Yo escuchaba todo con asombro. Se hablaba de términos como «videoconferencia», «plataforma virtual» o «streaming». En vez de levantar la mano, los profesores pedían que los estudiantes «abriesen el micrófono» y, en vez de responder de viva voz, se escribía por el chat. Incluso me enteré de que algunos alumnos estaban en pijama mientras asistían a las clases *online*. Al princi-

pio me escandalicé, y pensé qué dirían Santo Tomás de Aquino, Nebrija o el Cardenal Cisneros si levantasen la cabeza. Recordaba a Unamuno, a Ortega y Gasset y otros personajes importantes que siempre acudieron a la universidad con su traje de chaqueta y su corbata. Sin embargo, luego acepté que lo importante era seguir de una forma u otra.

Pasaron los meses y llegó el verano, en el que los rayos de sol se colaban por la ventana e iluminaban las partículas de polvo de las aulas desiertas. En septiembre, sentí una gran alegría cuando volví a escuchar el murmullo de los estudiantes, las conversaciones de los profesores y la vida que se abría paso por las aulas y los pasillos. Todo el mundo llevaba una mascarilla, se lavaba las manos antes de entrar en el edificio y no se daba besos ni abrazos. Aunque solo mostraban la mitad del rostro, veía sus ojos brillantes y sus expresiones de alegría por volver a pisar la Facultad. Los profesores parecían contentos de hablar con sus alumnos cara a cara, sin una pantalla de por medio. Entendí que ellos también me habían echado de menos.

Por eso, a pesar de todo lo ocurrido, puedo afirmar que el espíritu universitario sigue presente entre clases *online*, mascarillas y este virus que ha hecho que, después de casi mil años de historia, se pueda ir en pijama a la universidad.

Solo un nombre

NADIA IGLESIAS RODRÍGUEZ

Mis primeros recuerdos en la escuela siempre son bastante deprimentes. Los únicos episodios de los que me acuerdo son aquellos en los que algún niño me quitaba el desayuno, los insultos que recibía o la vergüenza que pasaba cuando nadie me quería en su equipo en los juegos de Educación Física. No sé si es que no tuve ningún buen momento durante mi etapa en el colegio, pero al menos yo no lo recuerdo.

El instituto fue más de lo mismo, e incluso empeoró. Los niños ya no eran niños y ahora tenían peores intenciones y palabras más feas que dedicarme. Supuse que se metían conmigo por ser “diferente”, pero yo no creía que mereciera todo lo que me estaban haciendo pasar. Mi vida era un completo infierno.

Ahora he acabado el instituto y, si fuera más ingenuo, pensaría que la universidad podría

ser diferente. Por desgracia he vivido suficientes años de colegio e instituto como para saber que nada va a cambiar. Misma historia, distintos abusos.

Por suerte para mí, la COVID-19 ha decidido salvarme de otra horrible experiencia. Con esto de la pandemia me ofrecían la posibilidad de dar todas las clases virtuales, y ni siquiera se me pasó por la cabeza otra opción que no fuera esta. Algunos de mis compañeros iban de vez en cuando a clase, pero yo no tenía pensado pisar la universidad mientras pudiera evitarlo.

Gracias a las clases en línea puedo esconderme detrás de una pantalla, y solo soy un nombre para mis compañeros de clase. Nadie tiene motivos aparentes para insultar un nombre. Un nombre no es friki, ni está gordo, ni es un marginado ni un rarito; como he sido yo toda mi vida escolar.

Un día, en clase, una profesora nos pide que activemos la cámara para que nos presentemos. Y yo entro en pánico. Nadie necesita ver mi cara de gordo friki, llena de granos y con cuatro pelos en la barbilla que no pueden considerarse ni un intento de barba. Si me ven, nadie va a querer seguir hablando conmigo. Nadie se imagina que este soy yo en realidad. Me he esforzado mucho porque crean que detrás de mi nombre en la pantalla se escondía un tío guay, merecedor de su amistad, la persona que siempre soñé con ser.

Me niego a renunciar a esto. Me siento paralizado, y lo único que se me pasa por la cabeza es salirme de la clase. Eso hago. Es mejor así.

Después de varios meses hablando con mis compañeros, les he cogido aprecio. Por primera vez en mi vida, no soy el blanco de todas las burlas. A veces siento un sudor frío, siento que se me hace un nudo en la garganta y me falta el aire. Tengo miedo de que llegue el día en que me vean y se arrepientan de haber estado hablando conmigo.

La verdad, creo que esta situación me ha salvado, y de una manera o de otra, en lo más profundo de mi ser, quiero seguir siendo solo un nombre.

Libros prohibidos

CRISTINA FIERRO CASTILLO

«Odio la lluvia». La idea se reafirma en mi mente cuando salgo del coche para recibir la desagradable bienvenida del agua en mi cara. Siempre intento mejorar la técnica de abrir el paraguas, pero hay tragedias que no pueden evitarse.

—Luego te escribo para que me recojas.

—Vale —responde mi padre con la misma entonación de cada día.

Recorro el camino hasta el Edificio Norte de la Facultad lo más rápido posible, intentando recortar tiempo a mi agonía. A mi espalda escuchó el ruido del motor que se aleja.

Cuando entro en el *hall* siento el alivio de saberme bajo un techo. Cierro el paraguas y rezo para que cuando salga de aquí ya no esté lloviendo.

Miro el reloj: las ocho y cuarenta. Perfecto. Sólo tardaré cinco minutos en llegar al aula y todavía me sobran quince para desinfectar mi

asiento, ir al baño y charlarun poco con las niñas. Hay que disponerlo todo bien si se quiere sobrevivir a un seminario de dos horas sin descanso en el que un profesor te cuenta cómo hacer una sutura pero, ¡oh sorpresa!, no te deja practicar ninguna. Los compañeros del grupo de la semana pasada ya nos habían avisado. Entre la lluvia y esto el día no promete mucho.

Antes solía sentarme en la mitad delantera de la clase. Pero, con la distancia de seguridad entre compañeros, eso se ha traducido en acabar casi al final. El hilo de voz proveniente del señor del fondo no ayudaba mucho a seguir la explicación y yo me preguntaba constantemente por qué no encendía el micrófono.

Cuando asisto a lo que yo considero una mala clase, suelo anotar en mi cabeza lo que no voy a hacer cuando sea profesora. Así, por lo menos, saco algo de provecho.

Cuando por fin acaba mi segunda tortura del día, salgo pitando hacia la biblioteca. A las 11:00h tengo una clase online y no me da tiempo a llegar a casa, así que tengo que quedarme en la Facultad. En otras circunstancias, hubiera ido con mis amigos a desayunar a la cafetería, pero últimamente ya no hacemos planes que supongan quitarnos la mascarilla. Resignada ante aquel recuerdo de días mejores, subo las escale-

ras como tantas veces, sólo para frenar en seco apenas unos segundos después.

—¡Mierda, el hidrogel! —me digo a mí misma por lo bajini. Doy media vuelta, busco el dispensador más cercano y me echo una buena cantidad en la mano izquierda. La bibliotecaria asiente en señal de aprobación; quiero pensar que con una sonrisa amable tras su mascarilla.

Llego un poco apurada arriba y busco algún hueco libre entre mis mesas favoritas.

Diviso un magnífico escritorio en el ala izquierda junto a la ventana y a un radiador: bingo. Suelto mi paraguas y mi bolso y me siento. Quizá he hecho demasiado ruido en el proceso. Repaso en mi cabeza los pasos a seguir para poder conectarme a mi clase online creyendo que si marco una ruta y la sigo a la perfección conseguiré no gastar mucho del poco tiempo que me falta. Saco el iPad, conecto la *wifi*, tecleo «UCO Moodle» en el buscador y pincho en «acceder». Meto mis credenciales sin tener siquiera que pensarlas y busco la asignatura en cuestión. Cada vez estoy más cerca de mi objetivo. Bajo con el dedo hasta que encuentro «Clase 17». Pincho. La pantalla me hace la misma estúpida pregunta de siempre: ¿Desea usted conectarse a la sesión? Pues claro, joder. ¿Hubiera completado, si no, todos y cada uno de los arduos pasos necesarios para llegar hasta aquí? Por fin veo la cara del profesor y es entonces cuando me reclino en la silla azul,

respiro hondo y me coloco los auriculares. Allá vamos.

Los expertos aseguran que una persona no puede mantener la concentración durante más de diez minutos seguidos. Es por ello que, consciente de mis limitaciones humanas, comienzo a coger apuntes en la libreta en mi empeño de no despistarme. Sin embargo, media hora más tarde, es inevitable caer en la tentación de mirar el móvil. Nada interesante. Decepcionada ante el intento fallido de buscar una distracción, vuelvo a guardar el móvil y miro alrededor en busca de algo o alguien interesante. Cuando pasan unos minutos, me encuentro a mí misma con la mirada perdida y la mente en blanco. Avergonzada, intento salir de mi estupor de manera discreta y me recuerdo que debería irme a la cama más temprano esta noche. Aun así, en lugar de volver a mi clase virtual, me quedo mirando una estantería llena de libros que tengo en frente. «Inmunología y Enfermedades Infecciosas», ¡qué casualidad! La voz del profesor se ha convertido ya en un susurro lejano mientras otras ideas van llenando mi mente. Observo esos tomos y recuerdo cuando se podían ojear y consultar sin problema. Ahora hay un cartel en cada columna que reza:

«Prohibido tocar los libros».

Acompañando este mensaje, cuelgan de lado a lado unas cintas de plástico con rayas rojas y blancas que otorgan aún más dramatismo a la escena.

De repente, siento un cierto toque poético en todo aquello. Una biblioteca en la que no se puede leer libros. Una facultad en la que los alumnos asisten a clases online. Unos ejemplares inaccesibles para todos los que estamos allí precisamente para aprender lo que ocultan sus páginas. Una escena casi de crimen. Como gran fan de Tarantino no puedo evitar compararla con alguna de sus películas. Profunda, pero a la vez un tanto surrealista; te resulta desagradable, pero no puedes dejar de mirarla. Lo que tenía ante mí —intento discernir entre mis sentimientos— me inspiraba tristeza e incredulidad. La imagen me transmite algo poderoso. Como si de repente, en un solo marco, pudieran manifestarse tantas cosas, sacarse tantas conclusiones, plasmarse tantas consecuencias. Siento que la escena había estado ahí desde hacía mucho tiempo, discreta, esperando a que alguien posara sus ojos sobre ella. Y yo había sido la elegida. Después de varios minutos reflexionando frente a aquella estantería, comprendo que debo inmortalizarla. Saco mi móvil del bolso y echo una foto. Me alegra comprender que aquel sencillo gesto, de alguna manera, supone enfrascar mi emoción para el recuerdo.

De hecho, la estoy mirando de reojo mientras escribo estas líneas.

Clases online y libros prohibidos. En esto se ha convertido la universidad gracias a la pandemia

Nuestra mesa de siempre

ÁNGELA MORI MÁRQUEZ

Aún recuerdo cómo todo solía ser. Cómo solíamos ser. Paso por la misma mesa que un día fue lugar de confidencias, almuerzos... y muchas risas. Ahora sólo queda una cinta que precinta lo que un día fue nuestro espacio común.

Era marzo de 2020 y en esa misma mesa, la de siempre de la cafetería, terminamos la entrega de Psicología social y Miguel comenzó a planear el viaje del que llevábamos tiempo hablando. —¿Qué os apetece más, hotel o apartamento?

Marta fue la primera en contestar —Yo creo que para que podamos ir a nuestra bola y cocinar lo que queramos, mejor un apartamento cerca del centro ¿no?

Sergio y yo asentimos. Yo ya podía visualizarlos por las calles de Marrakech, entre telas vibrantes y especias exóticas creando mil anécdotas entre sopas y tés. Al fin y al cabo, era la pri-

mera experiencia que íbamos a vivir juntos fuera de la universidad y era la oportunidad perfecta para conocernos mejor fuera del contexto de las clases. Nos habíamos conocido hace cinco meses, sentándonos juntos en clase casi por inercia. Nos hicimos amigos sin planearlo, como suceden las mejores cosas. Quedamos en mandar esa tarde cada uno una propuesta de vuelos y hotel para el viaje, las fechas las teníamos claras: la Semana Santa de 2020.

Un correo nos llegó a la mañana siguiente. Se suspendían las clases durante 15 días. Lo que para nosotros hasta ese momento había sido una noticia que se escuchaba de vez en cuando en el telediario y broma de algún que otro meme, se convirtió en un mensaje que nos catapultaba a universos distintos. Solo que, por aquel entonces, nosotros aun no lo sabíamos. Ajenos a la importancia de lo que sucedía en ese momento, bromeábamos con organizar una barbacoa ahora que las clases se habían suspendido.

Qué ingenuos— pienso mientras paso por el salón de actos al que tantas veces asistí, siempre repleto de gente. Recuerdo la representación que hice junto al club de teatro al que me apunté en primero de carrera, los nervios antes de que se abriese el telón. Mi padre aplaudiendo en primera fila. Paso por el seminario en el que gané mi primer torneo de debate, el cual descubrí por los carteles pegados por toda la Facultad. Nos

juntábamos casi todas las tardes después de clase para mejorar nuestros argumentos, detectar las falacias del equipo contrario y perfeccionar nuestra prosodia... o tal vez todo eso fuera la excusa para pasar un buen rato en nuestro local. Ese local que, a 15 de noviembre de 2020, tiene un signo de prohibido pasar en la puerta.

Pero, en aquel entonces, siempre había algo que hacer. La universidad vibraba, y nosotros lo hacíamos con ella: siempre había una charla a la que asistir, un club al que apuntarse, unos cursos que se ofertaban o unos microondas donde calentar los macarrones que traíamos de casa. Echábamos los días allí. Más allá de las clases, la universidad era el espacio donde crecimos como personas. Donde aprendimos a desenvolvernos y descubrir facetas nuestras que no sabíamos que existían. Y sí, también donde nos conocimos.

Paso ahora por la cafetería, también precintada, pero alcanzo a asomarme a través de la ventana. Pienso en Rosario, quien todos los miércoles me reservaba un menú, aunque llegara fuera de hora, porque sabía que vendría tarde. ¿Dónde estará ahora? ¿Qué habrá sido para ella perder el empleo en el que llevaba más de 15 años?

Me echo gel antes de entrar en el edificio de las clases. Edificio que ahora piso cada quince días, y cuyo suelo está repleto de flechas que indican el camino a seguir para evitar aglomeraciones. En clase me espera Miguel y chocamos el codo.

Miguel vive con su abuela y casi nunca viene las veces que quedamos para comer o merendar.

—Bueno, ahora dice la OMS que hasta el saludo de codos es peligroso, así que ni eso deberíamos—me dice.

Y aunque no puedo verla, adivino a través de su mascarilla una sonrisa triste. Esa sonrisa de Miguel, la que hace muchos meses que no veo, pero no me cuesta recordar. Nos sentamos a tres mesas de distancia. Me giro, pero detrás no están ni Marta ni Sergio para comentar la broma que ha hecho el profesor. Ahora van al otro turno que se hizo para evitar aglomeraciones en la Facultad. Recuerdo que cuando salieron las listas de quién iba a cada turno, cuyo criterio era la inicial de nuestros apellidos, deseamos haber sido primos lejanos, habernos llamado de otra forma... tal vez todos Hernández o Rodríguez.

—Acuérdate del Skype a las 20 h.— le digo a Miguel cuando nos despedimos con un gesto de adiós.

Cuánto anhelamos el roce, el contacto, el cariño humano. Sentirnos. Sentir que, a pesar de todo, no estamos solos. Que existen vínculos, conexiones, que nos hacen sentir vivos. Pero se prohibieron los abrazos. Las videollamadas y las redes sociales trataron de cubrir esos inesperados vacíos.

El paradójico concepto de “nueva normalidad” se instauró en nuestras vidas. Traía con-

sigo un pack de mascarillas, un metro y medio de distancia de seguridad, reservas previas en la biblioteca, y un “cuentapersonas” continuo para ver si se sobrepasaban las diez o las quince. Pero no hizo desaparecer al miedo. El metro de vuelta a casa ya era anteriormente un lugar frío, lleno de gente -que no de personas- que huían de la interacción humana, que miraban a pantallas y se sentaban lo más lejos posible del de al lado. Tras la pandemia, el de al lado ya no es solo un desconocido, sino un posible foco de contagio, del que solo veo los ojos y al que miro mal al toser. Como si pudiera evitarlo. Pero el miedo funciona de forma transversal. Miedo a contagiarnos. Y miedo también, a contagiar. A mis padres. A la abuela de Miguel.

Escucho la conversación de dos alumnos de primero, sentados enfrente. Reflexiono sobre los alumnos de primer año y su experiencia en un sitio al que van muy de vez en cuando y sin apenas espacios que compartir.

Al menos tuve la suerte de vivirlo— pienso para mí misma en el camino de vuelta. Y es que, aunque las cosas hayan cambiado, fui partícipe durante un periodo de mi vida del ritmo frenético de la universidad y pude escuchar sus latidos, y ser parte de ellos.

Después del debate online, me conecto a Skype con Miguel, Marta y Sergio, costumbre de

todos los jueves que iniciamos en pleno confinamiento y mantenemos meses después.

Y es que hay cosas que una pandemia mundial no ha logrado cambiar. El vínculo que creamos sigue tan vivo como aquella tarde en la cafetería de la uni cuando elegir si hotel o apartamento era el mayor de nuestros problemas.

Llegará un momento en el que la normalidad no sea nueva, sino normalidad, como su propio nombre indica. En el que miraremos atrás y recordaremos que ni si quiera la más frenética y sedienta de las sociedades está exenta del inexorable rumbo de la historia. Ni de sus sacudidas.

Y ojalá podamos recordarlo desde los ojos del pasado, juntos, en algún mercado perdido de Marrakech.

Perfectamente aerodinámico

JUDIT BONACHÍ ELECCIONES

Desvié los ojos del libro que tenía abierto sobre la mesa. Nunca había puesto reparo en cuán angosta era la calle, pero si uno cerraba los ojos y levantaba el brazo parecía como si pudiera tocar con facilidad el edificio de enfrente. ¿Tanto había afectado la carencia de afecto de los últimos días que hasta los edificios parecían querer tocarse entre sí? Solía mirar hacia la calle, no tenía más remedio que hacerlo. El apartamento solo disponía de una ventana, así que había aprovechado el ajetreo de los últimos días para trasladar el escritorio a la terraza, donde siempre tocaba el sol.

Sabía con certeza que, si algo la había curtido durante todos estos años de estudio, era la residencia. Y esta vez era una situación perfecta para ponerse a prueba.

Una no se mudaba a un país extranjero, eligiendo lugar de residencia con meses de ante-

lación y escogiendo con la exactitud de aquel que juega a una partida de ajedrez las mejores asignaturas en la Universidad de llegada para desaprovecharlo.

Ante este punto y con las maletas por deshacer desparramadas por la habitación, cayó la noticia como una jarra de agua fría sobre mis espaldas. Todos los planes que durante años había ido construyendo parecían desmoronarse un 15 de marzo de 2020, recién llegada a España para el intercambio de mi vida. Tuve en cuenta todos los factores, menos el de disfrutar de este año sumida en mitad de una pandemia.

Ante este panorama, apagué el televisor, separé las cortinas para que entrara más luz, y me preparé mentalmente para la maratón de estudio haciendo un sonoro chasquido con los dedos y apretando los nudillos.

Una podía salir de ese piso siendo más culta y mejor persona que cuando entró, así que había que aprovecharlo.

Entre las videollamadas a familiares y amigos, tuve tiempo para las clases, limpiar el piso, hacer deporte, infinitas horas leyendo y repasando libros viejos, e incluso me sentí especial cocinando con el horno. Tanto, que parecía que solo me alimentaba de panecillos que había dejado reposar durante toda la noche, y con satisfacción, los sumergía en la leche, recién horneados, durante el desayuno.

Pero esto había terminado, los exámenes finales se acercaban y una debía invertir mejor el tiempo.

A medida que pasaban los días todo pareció adquirir un tinte melancólico, ensombreciendo de soledad y pensamiento crítico mis largas horas de estudio en la terraza.

Era uno de esos días cuando me percaté de que no estaba sola. Una chica que parecía de mi misma edad estudiaba también en el balcón del segundo piso de enfrente.

Esbocé un amago de sonrisa y, divertida, empecé a doblar uno de los muchos papeles amontonados en la mesa, una, dos, tres veces, hasta que en él se intuyó la forma de un avioncito de papel, perfectamente aerodinámico.

Si acierto, me merezco un descanso.

Tenía la mano alzada, dispuesta a lanzar el avión, cuando intuí el logo morado de la Universidad en una de las casillas de la derecha del papel en el que la chica dibujaba.

Vaya...

Exactamente la misma lámina de dibujo que yo acababa de terminar.

Bajé el brazo de nuevo y escribí apresuradamente “¿Te ayudo? ¡Lo llevo bien!”

Contemplé una última vez y tiré el avioncito de papel, y cuál fue mi sorpresa al ver que este ni revoloteó o tomó una dirección diferente, sino que se dirigió con convicción y esmero hacia la

cabeza de la chica, con tal violencia que lo frenó una de sus sienes.

Me escondí, riendo incrédula, incapaz de creer que hubiera acertado. Por las rendijas del balcón vi que la chica buscaba extrañada de dónde procedía el avión mientras se tocaba la cabeza.

- ¡Pensé que no acertaría! - dije gritando mientras alzaba la cabeza.

Aún estaba escondida de rodillas y me agarraba a las rendijas del balcón.

- ¡Pues lo has hecho!... - dijo señalando sus apuntes. - ¿Cómo lo llevas?

Ahora ella también se había levantado de su silla y se reclinaba en el balcón.

- Pues bastante bien, la verdad, acabo de terminar la última lámina. La misma que tienes en la mesa.

- ¿Sigue en pie esa oferta? - levantó el avioncito de papel que aún sujetaba con la mano.

- ¡Pues claro!

- Oye, pero tú no eres de aquí, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

Resultó ser una estudiante magnífica de Mecánica.

La soledad había hecho mella en nuestra sociedad, ya de por sí cada vez más individualista, y estábamos tan privados de contacto social que cualquier interacción era válida. Esa pequeña anécdota nos dio una excusa para entablar amistad en tiempos extraños, y empezamos a hacer

sesiones de estudio después de intercambiarnos los números. Tal vez nos hubiéramos podido conocer estudiando en la biblioteca en noches de caféina y ayuno, luchando contra los párpados que parecen cerrarse ya bien entrada la madrugada. Pero nuestra suerte fue otra, y yo me alegraba. Merendábamos a medio tiempo, y estudiábamos hasta la hora de cenar. Era la primera amiga que había hecho en Córdoba.

La única vez que cometimos un terrible error fue cuando le quise pasar el libro de Mecánica por el balcón, y ella gritó antes de tiempo para que no lo hiciera:

-¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Pero era tarde, había tirado el libro y este se enganchó en los cables del tendedero de ropa de la vecina. Las dos contemplamos cómo un montón de hojas salían desparramadas por el aire y el libro caía al suelo haciendo un sonoro ¡plof! Estuvimos un rato en silencio contemplando con estupidez el suelo donde ahora reposaba el libro.

-Me asusta un poco que quieras ser ingeniera, la verdad – dijo con los ojos pegados al suelo.

-Ya, yo también lo pienso a veces.

- No te dediques a la construcción jamás, por favor.

- Lo tendré en cuenta.

-Tampoco diseñes aviones, y si algún día diseñas uno, me avisas.

-Mmm - asentí

Levantó un momento la cabeza para mirarme.

-Es para no subir –dijo tajante.

Y volvió a dirigir la mirada al suelo.

¿De verdad creías que me alcanzaría?

Seguimos hablando durante un buen rato con la mirada fija en el pavimento

Al menos desde aquí puedes leer las páginas 63 y 64, y si hace viento tal vez las otras – dije con una sonrisa.

La verdad es que toda la vida me alegré de haber sabido hacer aviones de papel, porque gracias a ellos ese año había aprobado Mecánica.

Era 13 de septiembre y me encontraba sentada en la terraza leyendo uno de esos libros de la guía docente para el nuevo curso, cuando una voz familiar dijo mi nombre desde el otro balcón.

Me incorporé justo a tiempo para saludar a la chica que me lanzaba el mismo avión de papel que, meses antes, yo le había dado, acerté y lo cogí con la mano haciendo un saltito. Le había crecido el pelo y estaba morena.

Había decidido alargar mi estancia un año más.



UCOPress
✱
Editorial Universidad
de Córdoba



UNIVERSIDAD
DE
CÓRDOBA

VICERRECTORADO DE
ESTUDIANTES Y CULTURA
Biblioteca Universitaria